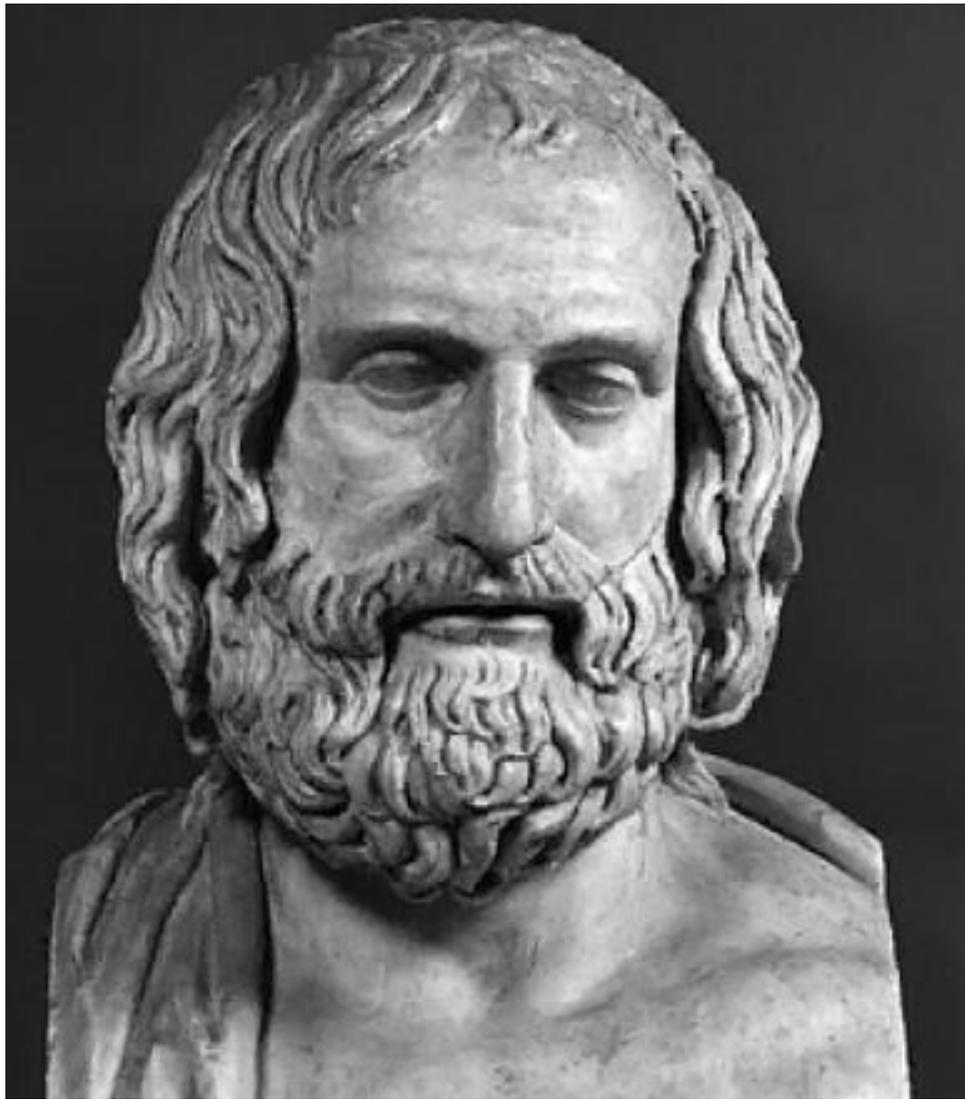


Ifigenia entre los Tauros



Eurípides

¹ | <http://www.librodot.com>

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ LUIS CALVO MARTÍNEZ

BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS
© EDITORIAL GREDOS, S. A.
Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2000

Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como su distribución mediante alquiler o préstamo público sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

INTRODUCCIÓN

1. El drama *Ifigenia entre los Tauros*, incorrectamente llamada en Táuride (nombre de lugar inexistente), sin duda por analogía con la otra *Ifigenia*, la en Áulide, se debió de representar por vez primera entre los años 414-12 a. C. Y decimos drama, porque mal podemos llamar tragedia a esta entretenida pieza teatral que más parece novela escenificada que otra cosa.

Su argumento, que en seguida veremos más en detalle, enlaza la última aventura de Orestes, en su purificación del matricidio, con el rescate de su hermana *Ifigenia*, que fue llevada por *Artemis* a su templo de la costa de Crimea, lugar habitado por los bárbaros *Tauros*, luego de ser sustituida por una cierva.

El primer punto, la llegada de Orestes a la Táurica en busca de la imagen de *Artemis* es pura invención de Eurípides. La estancia de *Ifigenia* allí y su carácter de sacerdotisa es algo perteneciente a la tradición de la época de Eurípides y se basa en un sincretismo de tres *Ifigenias* en origen diferentes: la diosa ática identificada con *Ártemis* (*Ártemis-Ifigenia* o «protectora del parto»), la cual recibía culto en Halas y Braurón en la costa norte del Ática; la diosa táurica que, según Heródoto (IV, 103), «los mismos *Tauros* llamaban *Ifigenia*, hija de *Agamenón*»; y finalmente la *Ifigenia* humana, hermana de Orestes, *Electra* y *Crisótemis* e hija de *Agamenón* y *Clitemnestra*.

La diosa *Ifigenia* del Ática fue identificada sin duda con la humana por mera coincidencia de sus nombres, aunque de hecho el de la diosa ya hemos visto que se relaciona con su función como diosa del parto y el de la segunda no siempre fue *Ifigenia*: Homero y Sófocles la llaman *Ifianassa* (*Iliada*, IX, 145, y *Electra*, 158). La última identificación de éstas dos con la de los tauros sin duda se debió a los griegos que colonizaron el Quersoneso táurico y sirvió como magnífica excusa para que le «asignaran» los sacrificios humanos de los que todavía quedaban indicios en las localidades citadas del Ática. Pues bien, tratando de explicar, en base a este sincretismo, la presencia de una imagen de madera, caída del cielo, de *Ártemis* en el Ática y el culto a *Ártemis-Ifigenia*, y fundiendo todo ello con un inventado viaje de Orestes, perseguido ¡todavía! por las *Erinis*, compuso Eurípides este drama singular cuya estructura vamos a analizar a continuación.

2. La obra se abre con el PRÓLOGO (1-235), constituido formalmente por una *resis*, un diálogo y la párodos, que es realmente un diálogo lírico en anapestos. La *resis* introductoria es de *Ifigenia*. En ella nos cuenta la historia de su sacrificio en Áulide, las razones de su presencia entre los *Tauros* y su función de sacerdotisa de una diosa que gusta de matar a los extranjeros. Finalmente nos revela un sueño que ha tenido, sueño que ella interpreta en el sentido de que ha muerto su hermano Orestes, el último retoño masculino de la estirpe de *Agamenón*.

Precisamente tras oír esto vemos aparecer a Orestes y *Pilades* que, en diálogo rápido, nos informan de las razones de su llegada: tienen que robar la imagen de *Ártemis* y llevarla al Ática para que cesen las persecuciones de las *Erinis*, que no se

convencieron con el juicio del Areópago. Sin duda éste es el mismo Orestes que el de Electra: nada seguro de sí mismo, hasta cobarde: Pilades tiene que recordarle la obligación impuesta por el oráculo y aludir a su sentido del honor para no volverse atrás.

Entra ahora el Coro que, tras presentarse a sí mismo como mujeres griegas que sirven a Ifigenia en el templo, inician un diálogo lírico con Ifigenia. En realidad es un treno por Orestes muerto acompañado de un rito funerario. Ifigenia nos vuelve a recordar su frustrado sacrificio de Áulide y su sanguinario sacerdocio de ahora. Terminado el canto de entrada se inicia el PRIMER EPISODIO (236-391) con la entrada precipitada de un vaquero. Formalmente este episodio es una escena de mensajero; su parte central consiste en una brillante descripción, por parte de éste, del descubrimiento y captura de Orestes y Pilades: los descubren unos pastores escondidos en una cueva y, poco después de verlos, Orestes tiene un ataque de locura. Consiguen reducirlos, aunque no herirlos por intervención de Ártemis, y llevarlos ante el rey. Ya están a punto de llegar para ser sacrificados.

El episodio se cierra con un monólogo de Ifigenia en el que vuelve a insistir en el mismo tema —Áulide y la muerte de Orestes—, terminando con una crítica a la diosa que «se complace en cruentos sacrificios humanos», aunque luego añade que no es posible que un dios sea homicida: son los hombres del país que se lo atribuyen a la diosa.

A continuación se pregunta el Coro, en el PRIMER ESTÁSIMO (392-566), quiénes pueden ser esos extranjeros y cómo han conseguido atravesar las terribles Simplégades. El estásimo cubre el tiempo que tardan los prisioneros en llegar desde el palacio del rey.

Acabado éste, entran maniatados los dos jóvenes y se abre el SEGUNDO EPISODIO (467-642), constituido íntegramente por un diálogo en su mayor parte esticomítico, entre Ifigenia y Orestes. Es de tipo informativo. En él Ifigenia se entera de que son argivos y se interesa por el destino que han corrido, tras la guerra de Troya, los griegos: Helena, Calcante, Ulises, Aquiles, Agamenón y su propia familia. Orestes le habla enigmáticamente de la muerte de Clitemnestra, pero Ifigenia no lo comprende. Hay que retrasar el reconocimiento. Ifigenia les propone salvar a uno de ellos si llevan a Argos una carta en la que revela su salvación por Ártemis y su paradero actual. Orestes se ofrece a morir, lo que da lugar a una situación irónica, aunque no de ironía trágica, como veremos: Ifigenia ensalza su nobleza y afirma que así debía de ser su hermano si viviera; Orestes se lamenta de que no pueda amortajarlo su hermana, e Ifigenia dice que lo hará ella en su lugar.

El SEGUNDO ESTÁSIMO (643-656) está formado por solamente trece versos de diálogo epirremático entre el Coro, Orestes y Pilades, lamentando aquél la muerte del uno y alegrándose por la salvación del otro. Es muy corto, quizá intencionadamente, porque sirve sólo para cubrir el escaso tiempo que tarda Ifigenia en buscar la carta dentro del templo.

El TERCER EPISODIO (657-1088) es el verdadero centro de gravedad del drama. Es formalmente dialógico en su totalidad y contiene la anagnórisis o reconocimiento entre ambos hermanos y la *mechané* o plan de huida y robo de la imagen.

El reconocimiento se hace precisamente a través de la carta. Pílates la llevará, pero ¿y si desaparece ésta en el viaje? Para evitar esto, Ifigenia la acaba leyendo en voz alta, a fin de que Pílates pueda comunicar de palabra el mensaje. La carta va dirigida a Orestes y en ella se identifica Ifigenia, con lo que la anagnórisis se produce con gran naturalidad y sin brusquedades.

Al reconocimiento sigue un diálogo epirremático entre los hermano (Ifigenia en la parte cantada). Luego se reanuda el diálogo yámbico. Orestes le informa del matricidio, la persecución de las Erinis, el juicio del Areópago y la nueva orden de Apolo de robar la imagen de Ártemis. A continuación preparan —o mejor, Ifigenia prepara— el plan de huida: dirá al rey que los dos fugitivos están contaminados por matricidio y han tocado la imagen de la diosa, por lo que tanto ellos como la imagen tienen que ser purificados en el mar antes del sacrificio. Así podrán escapar con la imagen en el mismo barco en que llegaron Orestes y Pílates.

El Coro entona, mientras esperan la llegada del rey, su TERCER ESTÁSIMO (1089-1151). Es un canto lleno de lirismo y nostalgia por Grecia: el Coro es como el alción que no deja de llorar en su canto. Ifigenia se va a salvar en una nave de velas hinchadas, acompañada del rítmico sonar de los remos y la música de Pan. ¡Si fuera posible que ellas se convirtieran en aves para volver a tomar parte en las brillantes danzas de su patria! Cuando, terminado el canto, entra el rey Toante preguntando por Ifigenia, da comienzo el CUARTO EPISODIO (1152-1233). Es la puesta en marcha del engaño, del plan de huida. Formalmente es un diálogo entre Ifigenia y Toante, brillantemente dotado de un ritmo creciente por Eurípides (primero en yambos y luego en tetrametros trocaicos) en que la astucia de la griega se aprovecha de la ingenuidad del salvaje.

Mientras Ifigenia se dirige con los prisioneros hacia el mar y ponen en práctica su plan de huida, el Coro canta el CUARTO ESTÁSIMO (1234-1282). Es un himno a Apolo, formalmente del tipo tradicional, con una breve invocación al comienzo y luego la narración de cómo Febo se apoderó del Oráculo de Delfos matando a la serpiente Pitón y desalojando a Temis; cómo Ctón arrojó de nuevo a Apolo y éste se dirigió suplicante a su padre Zeus que acabó devolviéndoselo para siempre, devolviendo con ello «a los mortales su confianza en los versos proféticos». Es un hermoso himno, pero que, debido a su contexto, de hecho constituye una pieza de magistral ironía.

Acabado el canto del Coro, entra precipitadamente un mensajero, dando inicio al ÉXODO (1283-1499). En un breve diálogo introductorio entre el mensajero y el Corifeo, éste hace lo que no se espera de él normalmente, esto es, intervenir en la acción. Trata de dar tiempo a que se escapen los fugitivos diciendo al mensajero que el rey está en su palacio, cuando la realidad es que está en el templo. Pero el mensajero no cae en la trampa. Golpea la aldaba del templo; sale Toante y, tras una esticomitía entre ambos, el mensajero le hace una brillante descripción de la estratagema.

Cuando Toante da orden de perseguirlos por tierra y mar, aparece Atenea ex machina que lo contiene, y como otras veces, epiloga el drama revelando el destino que aguarda a los protagonistas y ofreciendo la etiología del culto a Ártemis-Ifigenia-Taurópola en el Ática.

3. Nadie se atrevería a afirmar que este drama es una verdadera tragedia ni a negar que es una de las producciones más brillantes de Eurípides. Bien es cierto que quizá las dos cosas están relacionadas, si tiene razón Kitto al decir que, mientras que las obras de tema trágico forzaban a Eurípides a dotarlas de una forma que resultaba chocante (siempre, por supuesto, en relación con la tragedia «típica»), en cambio las tragicomedias o melodramas dejaban libre al autor para crear una estructura formalmente magistral.

Frente a las tragedias, la *Ifigenia entre los Tauros* presenta unas características que podríamos calificar como negativas y resumir en: carencia de realidad dramática (sustituída por una irrealidad imposible); carencia de auténtico patos (sustituido por el mero suspense); crítica seria al elemento sobrenatural: es, más bien, chanza o ironía aristofánica la que aquí encontramos.

Pero es incorrecto comparar esta obra con una tragedia para resaltar sus deméritos. Eurípides era consciente de que no estaba creando tragedia, sino melodrama.

Veamos, pues, sus méritos como tal. Para empezar, la brillantez y originalidad de su argumento. No presenta fallo alguno (aceptando, por supuesto, las convenciones del teatro griego, y sobre todo, el hecho de que no es una obra realista, sino más bien basada en situaciones milagrosas). Y uno de sus mayores méritos es, precisamente, la retardación, el suspense dentro del equilibrio entre sus partes (la primera retardando el conocimiento, la segunda el plan de huida).

La acción es movida, variada y siempre interesante. El final es un clímax magnífico, también dotado de suspense: cuando ya están en el barco, una tempestad les impide salir del puerto retardando su huida.

Como en el *Ion*, aunque en menor grado, el interés de la obra se basa en sucesivas situaciones irónicas. Pero no de ironía trágica, pues ésta es amarga, sino casi cómica: cuando *Ifigenia* llora la muerte de su hermano y le hace una libación funeraria, todos lo hemos visto ya sobre el escenario; y muerto, sí, pero de miedo. Y todos sabemos que los hermanos acabarán reconociéndose.

Brillantes son también, ya desde un punto de vista particular, algunas escenas —como las dos narraciones de mensajero, la *anagnórisis*, el diálogo *Ifigenia-Toante*, etc., y la actuación del Coro.

Los caracteres, sin embargo, no están a gran altura. Pero, ¿por qué esperar de un melodrama unos caracteres bien contruidos, si en este tipo de drama la acción no depende de ellos? El de *Ifigenia* quizá sea el más logrado: hasta la *anagnórisis* es el de una mujer obsesa, pero luego se muestra decidida y, sobre todo, astuta, tanto en relación con los dos jóvenes como con *Toante*.

Orestes no deja de ser el adolescente irresoluto de siempre —y ya casi degenerado, aunque no hasta el grado que lo presenta el *Orestes*—. No esperamos de su carácter la decisión de morir en lugar de *Pilades*, y sin duda ésta se debe a la intención de Eurípides de ofrecernos un par de situaciones irónicas y preparar mejor la *anagnórisis*.

Tampoco los caracteres menores son muy brillantes, aunque el de Toante resulta más complejo por unir a su natural bárbaro la ingenuidad del salvaje, con una cierta inclinación y respeto hacia Ifigenia.

Pílates, que aquí habla más que nunca, no deja de ser el personaje «conciencia» que se espera de él. Y los dos mensajeros no se pueden comparar ni de lejos con algunos creados por Sófocles, como el de la Antígona, por poner un solo ejemplo.

A pesar de todo, la Ifigenia entre los Tauros es un drama que bien merece la aprobación que ya mereció a un crítico, tan poco atraído por Eurípides en general, como Aristóteles.

ARGUMENTO

Orestes llegó en compañía de Pílates a los Tauros de Escitia en virtud de un oráculo.

Una vez allí, pretendía robar la imagen de Ártemis venerada por aquéllos. Como se hubiera separado de la nave y caído en un ataque de locura, fue capturado, junto a su amigo, por los lugareños y llevado, conforme a la costumbre entre ellos vigente, para ser víctima del templo de Ártemis; pues degollaban a los extranjeros que llegaban navegando.

La escena del drama se sitúa entre los Tauros de Escitia. El Coro se compone de mujeres griegas, siervas de Ifigenia. El prólogo lo inicia Ifigenia.

PERSONAJES

IFIGENIA

ORESTES

PÍLADES

VAQUERO

TOANTE, REY DE LOS TAUROS

UN ESCLAVO COMO MENSAJERO

ATENEA

CORO FORMADO POR CAUTIVAS GRIEGAS.

ESCENA:

FACHADA DEL TEMPLO DE ÁRTEMIS EN LA TÁURICA. DELANTE, UN ALTAR.

IFIGENIA. — Cuando Pélope, hijo de Tántalo, marchó a Pisa con veloces corceles, desposó a la hija de Enómao¹, de quien nació Atreo.

Los hijos de Atreo fueron Menelao y Agamenón, y de éste y de la hija de Tindáreo² nació yo, Ifigenia. Mi padre, según se cree³, me sacrificó a Ártemis, por

5

¹ Pisa es Olimpia. El hecho a que alude es la victoria, conseguida con trampa, de Pélope sobre Enómao y, como consecuencia, su boda con Hipodamía (cf. Vv. 824-825). Se trata de una genealogía muy sumaria pero completa, como gusta de hacer Eurípides en sus prólogos.

² Tindáreo era padre de Clitemnestra —aquí aludida— y además de Helena y de los Dioscuros, conocidos todos por el sobrenombre de Tindáridas.

³ O quizá «según él piensa».

causa de Helena, en los pliegues ilustres de Áulide,
junto a las corrientes que revuelve el Euripo cuando
riza el mar azuloscuro con espesas brisas. 10

Es el caso que el soberano Agamenón había con-
gregado allí una escuadra griega de mil navíos, porque
quería tomar para los aqueos la corona victoriosa
de Ilión y perseguir el matrimonio injurioso de Helena
por hacer un favor a Menelao.

Mas como tuviera imposibilidad de navegar y vien-
tos contrarios, dio en hacer un sacrificio y Calcante le
dijo estas palabras: «Agamenón, comandante de esta
expedición griega, no vas a poder levar anclas de esta
tierra hasta que Ártemis reciba a tu hija Ifigenia en
sacrificio. Has hecho voto de ofrecer a la diosa Lu-
cifer⁴ lo más hermoso que te naciera este año. Pues
bien, tu esposa Clitemnestra te ha parido una hija
—me ha traído una ofrenda de natalicio—. Tienes
que sacrificarla. 15

Conque me arrebataron de junto a mi madre, por
las artes de Odiseo, para casarme con Aquiles. Cuando
llegué a Áulide —¡pobre de mí!— me pusieron sobre
una pira y me iban a matar a espada. Pero Ártemis
me arrebató, y entregó a los aqueos una cierva en mi
lugar. Me transportó a través del límpido éter y me
estableció en este país de los tauros⁵, donde reina so-
bre bárbaros el bárbaro Toante, quien por tener pies
tan veloces como alas ha recibido este nombre⁶ a
causa de su ligereza de pies. 20

Y me ha establecido como sacerdotisa en este tem-
plo, donde la diosa Ártemis se complace en estos
ritos —fiesta de la que sólo el nombre es bueno (lo
demás lo callo por miedo a la diosa), pues sacrifico a
todo griego que arriba a esta tierra según una ley anti-
gua de esta ciudad⁷. Yo oficio el rito, pero de las
muertes se ocupan otros en secreto dentro de este
recinto de la diosa. 25

Ahora voy a confiar al aire —por si hay en ello
algún alivio— las extrañas visiones que me ha traído
la noche pasada.

Me pareció en sueños que vivía en Argos, muy lejos
de esta tierra, y que dormía en medio de otras jóvenes. 30

De repente se conmovió la tierra por un terremoto,
eché a huir y, ya fuera, vi cómo se derrumbaba el

⁴ (1. e. «portadora de luz»). Ártemis, en tanto que diosa lunar.

⁵ En el Quersoneso escita, i. e. en Crimea.

⁶ Etimología popular (thods «rápido»), a la que es muy dada la tragedia en general. No hay razones de peso para considerar interpolados los vv. 38-39, como hace Murray (en pura lógica habría también que excluir los dos siguientes).

⁷ La frase «lo demás lo callo» no significa «no voy a hablar más sobre ello», cosa que hace a continuación, sino más bien, «no diré todo lo que pienso» (cf. Engano, *The Iphigeneta among the Tauri* of Euripides, Londres, 1950, pág. 126).

entablamiento del palacio y cómo el elevado techo caía por tierra desde sus altos soportes. Me pareció que sólo quedaba una columna de la casa paterna que dejaba caer pelo rubio de su capitel y cobraba voz humana. Yo, siguiendo esta costumbre de matar extranjeros, le rociaba con agua lustral como a quien va a morir y lloraba. 50

Así es como yo interpreto este sueño: Ha muerto Orestes, a quien yo consagré —porque las columnas de una casa son los hijos varones y porque siempre mueren aquellos a quienes alcanzan mis lustraciones—. 55

Y no puedo relacionar el sueño con ningún amigo, pues Estrofo no tenía hijos cuando yo fui sacrificada⁸. 60

Así que yo, que estoy aquí, quiero hacer libaciones a mi hermano —aunque esté lejos, esto sí puedo hacerlo— en compañía de las sirvientas que me entregó el rey —mujeres griegas—.

¿Por qué razón no se han presentado todavía? Marcharé dentro del recinto de la diosa en el que vivo. 65

(Entra en el templo. Orestes y Pílates aparecen por la izquierda.)

ORESTES. — Observa, vigila, no haya algún hombre en el camino.

PÍLADES. — Ya miro, ya vigilo volviendo mis ojos a todas partes.

ORESTES. — Pílates, ¿te parece que es éste el templo de la diosa al que hemos dirigido nuestras naves desde Argos? 70

PÍLADES. — A mí, sí, Orestes; y tú debes creerlo también.

ORESTES. — ¿Y el altar del que gotea sangre griega?

PÍLADES. — Sí, todavía tiene pelos enrojecidos por la sangre.

ORESTES. — ¿Ves cráneos colgados de la misma cornisa? 75

PÍLADES. — Sí, con exvotos de extranjeros muertos. Mas conviene vigilar bien revolviendo los ojos.

⁸ Aquí (vv. 59-60) se puede pensar en una interpolación, dado que Ifigenia no conoce la existencia de Pílates, hijo de Estrofo, a quien se refiere aquí tácitamente (como confiesa expresamente en el y. 920). Sin embargo yo me inclino a pensar en una incongruencia inconsciente por parte del propio Eurípides.

ORESTES. —Oh Febo, ¿qué trampa es ésta a la que me has conducido con tu oráculo? Desde que vengué la muerte de mi padre matando a mi madre, venimos huyendo de nuestra tierra perseguidos por relevos de las Erinis. Ya he realizado muchos viajes por caminos torcidos desde que me dirigí a ti para preguntarte cómo podría llegar al final de esta locura, que me agita como a una rueda, y de los sufrimientos que he padecido dando vueltas por Grecia. 80

Tú me ordenaste que me dirigiera a los confines de la tierra Táurica donde Ártemis, tu hermana, tiene sus altares, y que tomara la imagen de la diosa que dicen cayó en este templo desde el cielo; que luego de tomarla con trampa o por un golpe de suerte, y correr el riesgo, la entregara en tierra ateniense (desde allí no se me dijo a dónde más). Y que, cuando hiciera esto, tendría un respiro en mis sufrimientos. Pues bien, he llegado, obedeciendo tus palabras, a esta tierra ignota y que odia a los extranjeros. 85

A ti pregunto, Pílares —pues colaboras conmigo en este trabajo—, ¿qué hacemos? Ya ves el recinto elevado de los muros. ¿Salimos de aquí para dirigirnos a la entrada del templo? ¿Y cómo evitaríamos ser vistos? ¿Entonces, soltamos con palancas los cerrojos de bronce? Pero no sabemos cuáles son⁹. Y si nos sorprenden abriendo las puertas y forzando una entrada, será nuestra muerte. Conque, antes que morir, huyamos a la nave que nos ha traído aquí. 90

PÍLADES. — La huida es inaceptable y además no estamos acostumbrados; por otra parte, no hay que burlarse del oráculo del dios. Alejémonos del templo y ocultemos nuestro cuerpo en la cueva que el negro mar inunda con su agua, lejos de la nave; no vaya a ser que alguien la vea, se lo comunique al rey y nos capturen a la fuerza. 100

Cuando la noche se acerque con aspecto tenebroso, hemos de tener el valor de arrebatar del templo la pulida imagen haciendo uso de toda clase de artimañas. Mira el espacio hueco entre los triglifos¹⁰ por donde se puede hacer pasar un cuerpo. Los valientes afrontan el esfuerzo, en cambio los cobardes no son nada en ninguna parte. 105

110

115

⁹ Probablemente referido al mecanismo de los cerrojos, pero todo el pasaje es oscuro, probablemente corrupto. Ha habido varias tentativas de mejorarlo. Nosotros lo traducimos siguiendo a Murray, que cambia poco el texto transmitido por los Mss.

¹⁰ Los triglifos son propiamente, en templos antiguos, los extremos de las vigas que soportan el techo. En el templo clásico «el espacio hueco entre los triglifos» está relleno formando las metopas. Esta descripción de un templo más bien elemental contrasta con la que del mismo hace poco después el coro (Vv. 128-129): «las cornisas de oro de tu templo porticado».

ORESTES. — En efecto, no hemos recorrido tan largo camino con el remo para emprender el regreso desde la misma meta. Has hablado bien, he de confiar en ti. Hay que dirigirse adonde podamos ocultar nuestro cuerpo sin ser vistos. No he de ser culpable de que el oráculo del dios quede sin efecto. 120
Tengamos valor, que ningún esfuerzo produce cuidado en los jóvenes.

(Salen por la izquierda, mientras el Coro entra por la derecha.)

CORO. — Guardad silencio, ¡oh vosotros que habitáis la doble roca que cierra el mar Inhóspito!¹¹ 125
—Oh hija de Leto, Dictina¹² montaraz, hacia tu patio, hacia las cornisas de oro de tu templo porticado encamino mi pie consagrado de virgen como esclava de la clavera consagrada, ahora que he abandonado las torres de Grecia, de hermosos potros, y sus muros, 130
y Europa de huertos arbolados, sede de mi casa paterna. 135
—Ya he venido: ¿qué hay de nuevo? ¿Qué preocupación albergas? ¿Por qué me has traído a este templo, oh hija del que a las torres de Troya vino con su ilustre remo¹³, el de los mil marineros, el de las mil armaduras, oh retoño de los ilustres Atridas? 140

(Sale Ifigenia del templo acompañada de servidoras que llevan vasos sagrados.)

IFIGENIA. — ¡Ay!, esclavas, entre plantas de mal agüero estoy postrada, entre elegías sin lira —¡ay!— de un canto de mala musa —¡ay!— entre lamentos funerarios. La ruina me ha alcanzado y lloro por mi hermano, por su vida; ¡qué visión, qué visión de sueños he contemplado esta noche, cuya oscuridad se acaba de marchar! Estoy perdida, perdida. Ya no existe mi hogar paterno, ¡ay de mí! Se acabó mi estirpe y lloro, lloro los dolores de Argos. ¡Ay destino, que me arrebatas el único hermano y lo envías a Hades! Por él voy a verter esta libación sobre la espalda de la tierra: esta copa de los muertos y este chorro de vacas montaraces y el vino de Baco y el 145
150
155
160
165

¹¹ El mar Inhóspito es el Ponto Euxino (i. e. «Hospitalario»). La doble roca son las Simplégades, míticas rocas móviles que chocaban entre sí aplastando a las naves que trataban de atravesarlas. Cuando consiguió atravesarlas la nave Argo, con ayuda de Hera (cf. Odisea XII 70 y sigs.; Píndaro, Pírca IV 208; Apolonio, II 528 y sigs.), quedaron fijas. «Los habitantes de la doble roca» son, por ende, los habitantes de la costa del Ponto. El coro les ordena ritualmente silencio para iniciar el rito.

¹² Diosa cretense, identificada luego con Ártemis (y en Egina con la Ninfa Afea). Huyendo de Minos se arrojó al mar, donde cayó en las «redes» (df ktva, de ahí su nombre) de unos pescadores.

¹³ Sinécdoque por «escuadra».

trabajo de las rubias abejas, cosas que aplacan a los muertos ¹⁴ .	
Vamos, entrégame la vasija de oro y la libación de Hades. Oh retoño de Agamenón, bajo tierra estás, como a muerto te hago esta ofrenda, acéptala. No voy a portar hacia tu tumba mi rubio pelo ni mis lágrimas. Muy lejos, en verdad, habito de tu tierra y la mía, donde —según creen— yazgo sacrificada —¡desdichada de mí!—.	170
	175
CORO. — Cantos de antifona ¹⁵ , y de himnos asiáticos bárbaro eco, haré sonar en tu honor, mi señora: la Musa que entre lamentos canta a los muertos, la que con sonos de Hades entona sus himnos sin peanes.	180
¡Ay de mí, ay de la casa de los Atridas! Ha desaparecido la luz de su cetro —¡ay de mí!—, la luz de mi casa paterna. Hubo un tiempo en que el poder estaba en manos de los poderosos reyes de Argos. Mas el dolor sucedió con rapidez al dolor y con sus yeguas aladas volviendo grupas el sol mudó de sitio y cambió la sagrada mirada de su luz ¹⁶ Sobre el palacio del cordero de oro ha descendido pena sobre pena, muerte sobre muerte, dolor tras dolor. De la sangre de los primeros Tantálidas ha venido sobre tu casa la venganza y el dios precipita sobre ti lo que no has buscado.	185
	190
	195
	200
IFIGENIA. — Desde el principio me fue adverso el destino del ceñidor de mi madre y de la noche aquella ¹⁷ . Desde el principio las Moiras del nacimiento estrangularon mi juventud con apretado lazo. La muy cortejada por los griegos, la desdichada hija de Leda, me parió como fruto primerizo de su tálamo para víctima del ultraje de mi padre, para ofrenda nada placentera, me crió para consagrada. Y en carro de caballos me depositaron sobre las arenas de Áulide como novia —¡ay de mí!—, malhadada novia, del hijo de la hija de Nereo ¹⁸ .	205
	210
	215
Y ahora, huésped del mar Inhóspito, habito en casa de salvaje alimento sin esposo, sin hijos, sin ciudad, sin amigos. No canto a Hera la de Argos, ni junto al telar, de bellos sonos, bordo la imagen con mi lanzadera de Palas la ateniense y los Titanes, sino que	220
	225

¹⁴ La libación normal en honor de los muertos se hacía con vino, leche y miel, mezclados o separados.

¹⁵ Lit. «en respuesta a tus cantos» (de hecho no se corresponden métricamente).

¹⁶ Pasaje mutilado (Murray piensa que el arquetipo ya lo estaba desde el y. 190 hasta el 232), pero de sentido claro: el coro recuerda sumariamente el destino de la casa de Atreo desde sus inicios: el robo a traición, por parte de Tiestes, del cordero de oro que aseguraba la dinastía de Atreo, y el castigo de Zeus, trastocando el curso del sol y de otros elementos meteorológicos. El mismo Eurípides da una versión más completa en Ectetra 698-742.

¹⁷ S. e. «de su boda».

¹⁸ Aquiles, hijo de Tetis, hija de Nereo.

causo la muerte sangrienta, de sangre vertida¹⁹ —no acompañada de forminge²⁰— a extranjeros que lanzan lamentables gritos, que arrojan lamentables lágrimas. Mas ahora no pienso en éstos y lloro por mi hermano que ha caído en Argos, a quien dejé niño de pecho aún reciente, apenas un tallito en brazos de su madre, junto al pecho, a Orestes, heredero del cetro de Argos. 230 235

(Un vaquero entra por la izquierda.)

CORIFEO. — He aquí que llega un vaquero, que ha dejado la ribera del mar, para anunciarte alguna nueva.

VAQUERO. — Hija de Agamenón y Clitemnestra, escucha de mi boca el mensaje que traigo.

IFIGENIA. — ¿Qué es lo que me distrae de las palabras que ahora pronuncio?²¹ 240

VAQUERO. — Han llegado a nuestra tierra, huyendo en barca de las oscuras Simplégades²², dos jóvenes, víctimas del sacrificio que agrada a la diosa Ártemis. Apresúrate a realizar las abluciones y primeras ofrendas. 245

IFIGENIA. — ¿De dónde son? ¿De qué tierra parece el aspecto de los extranjeros?

VAQUERO. — Griegos. Sólo sé esto, nada más.

IFIGENIA. — ¿No has oído el nombre de los extranjeros y puedes comunicármelo?

VAQUERO. — Uno llamaba Pilades al otro.

IFIGENIA. — ¿Y el compañero qué nombre tiene? 250

VAQUERO. — Nadie lo sabe. No lo hemos oído.

IFIGENIA. — ¿Cómo los visteis, cómo disteis con ellos y los capturasteis?

VAQUERO. — En los altos acantilados del estrecho

¹⁹ Construcción muy audaz: lit. «ensangrienta una destrucción de sangre vertida».

²⁰ I. e. «ajena a toda música». La forminge es la lira, instrumento de Apolo.

²¹ O quizá: «qué es lo alarmante de tus actuales palabras», según Platnauer, Eurípides: Iphigenía in Tauris, Oxford, 1938.

²² Cf. nota 11.

Inhóspito.

IFIGENIA. — ¿Y qué tiene que ver un vaquero con el mar?

VAQUERO. — Llegamos para bañar a los bueyes en el agua marina. 255

IFIGENIA. — Comienza por contar cómo los sorprendisteis y en qué circunstancias. Esto es lo que quiero saber, pues han tardado en llegar. Aún no se había enrojecido con sangre griega el altar de la diosa²³. 260

VAQUERO. — Cuando introducíamos los montaraces bueyes en la corriente que fluye entre las Simplégades... había un cóncavo rompiente quebrado por las olas con abundante espuma, cobijo para los pescadores de púrpura. Uno de nuestros vaqueros vio a dos jóvenes allí y volvió sobre sus pasos de puntillas. Nos dijo: 265

«¿No veis? Son dioses ésos que ahí se sientan.» Uno de nosotros, hombre piadoso, levantó su mano y oró así al verlos: «Oh hijo de la marina Leucótea protector de los jóvenes, soberano Palemón²⁴, senos propicio. Sobre la ribera se sientan los Dioscuros o dos adornos²⁵ de Nereo, quien engendró al noble coro de las cincuenta Nereidas.» Otro, que era estúpido y de osada impiedad, se burló de la súplica y afirmaba que eran marineros náufragos, y que habían oído que aquí sacrificamos a los extranjeros y se sentaban en la cueva por temor a nuestra ley. A la mayoría de nosotros nos pareció que llevaba razón y decidimos capturarles como víctimas de la diosa, según la costumbre del país. Conque en esto, uno de los extranjeros abandonó la gruta, enderezó el cuello y agitaba la cabeza arriba y abajo. Lanzaba gemidos con manos temblorosas, en un ataque de locura, y gritaba como un cazador: «Píladés, ¿no ves a ésta? ¿Y no ves aquí a la serpiente de Hades cómo quiere matarme con boca bordeada por terribles víboras? ¿Y ésta otra que exhala fuego de su manto y agita sus alas ensangrentadas, que lleva en 270

275

280

285

²³ Afirmación absurda —ya que contradice otros varios pasajes (cf. vv. 72, 73, 347, 587)— y fuera de lugar. Por ello: a) se ha suprimido sin más; b) se ha cambiado en «han llegado en un largo intervalo desde que (hoid' epei por oudé pó, Seidler) se había enrojecido», etc., y al mismo tiempo se ha pasado detrás del y. 245 (Wecklein), i. e. al final de la primera intervención del vaquero.

²⁴ Conocido también por el nombre de Melicertes, hijo de Ino Leucótea, nodriza de Dioniso y diosa marina luego de arrojarle al mar perseguida por su esposo Atamante. En su honor se celebraba un rito durante los juegos ístmicos, pues en Corinto apareció su cuerpo flotando. Cf. Apolodoro, III 28-29; Ovidio, Metamorfosis IV 416 y sigs.

²⁵ Gr. dgalma. Lit. «aquello en lo que uno se complace» (cf. Haslouio, s. y.) y se refiere a niños a menudo (cf. Sóroci.as, Antígona 1115, referido a Dioniso; Eurípides, Suplicantes 370-1164). Luego se refiere a hijos o a nietos de Nereo, más probable lo segundo que lo primero, pues la tradición mítica sólo habla de «las 50 hijas de Nereo».

brazos a mi madre como si fuera una carga de piedra para arrojármela? ¡Ay de mí! ¡Va a matarme! ¿Adónde voy a huir?».	290
Nosotros no podíamos ver tales figuras, pero él tomaba los mugidos de las terneras y los ladridos de los perros por sonidos ²⁶ que pensaba que emitían las Erinis.	
Nosotros nos agrupamos, espantados como estábamos, y nos sentamos en silencio. Entonces él desenvainó la espada y arreando a los terneros hacia el centro, como un león, golpeaba con el hierro sus lomos y atravesaba sus costados —creyendo defenderse de las Erinis— hasta que enrojeció de sangre la superficie del mar.	295 300
En esto, como viéramos que nuestro rebaño caía degollado, nos armamos todos, hicimos sonar los cuernos y reunimos a los hombres del contorno. Pensábamos que unos vaqueros son poca cosa para luchar contra extranjeros bien plantados y además jóvenes. Así que nos congregamos muchos en poco tiempo.	305
El extranjero cayó al suelo una vez que se hubo librado del ataque y su barba rezumaba espuma. Cuando lo vimos convenientemente caído, cada uno de nosotros se aplicó denodadamente a arrojar dardos y piedras. El otro extranjero limpiaba la espuma y cuidaba su cuerpo. Lo protegía con su túnica de fino tejido contra los golpes que se le venían encima y atendía a su amigo. El extranjero volvió en sí de su postración y se percató de la tempestad de enemigos que los acosaba y de la desgracia que los cercaba. Y gritó. Pero nosotros no dejamos de arrojar piedras acosándolos de uno y otro lado. Entonces oímos su terrible voz de mando: «Pilades, muertos somos, pero al menos perezcamos con honor. Sígueme espada en mano.»	310 315 320
Cuando vimos las espadas que blandían nuestros enemigos, llenamos con nuestra huida los valles rocosos. Pero si huía uno, otros muchos les acosaban con sus disparos. Y si rechazaban a éstos, los que habían cedido volvían a atacarlos con piedras. Mas lo increíble fue que, miles como eran nuestras manos, nadie consiguiera alcanzar a las víctimas de la diosa.	325 330
A duras penas logramos apresarlos, no por nuestro arrojo, sino porque, rodeándolos en círculo, arrancamos a pedradas las espadas de sus manos y cayeron de rodillas por el cansancio. Los llevamos ante el rey de estas tierras y él, al verlos, los ha enviado inmediatamente a ti para su lustración y sacrificio.	335

²⁶ Lit. «imitaciones».

Joven señora, siempre orabas que se te presentaran víctimas como éstas de hombres extranjeros. Si, además, destruyes a éstos, la Hélade pagará por tu muerte, pagará por tu sacrificio en Áulide. 340

CORIFEO. — Has narrado maravillas de este demente, quienquiera que sea el griego que se ha llegado desde su tierra al mar Inhóspito.

IFIGENIA. — Bien. Ve tú a traerme a los extranjeros, que nosotros nos encargaremos aquí del ritual. 345

¡Ah, paciente corazón! Hasta ahora siempre fuiste suave y compasivo con los extranjeros, y pagabas un tributo de llanto a tus compatriotas, cada vez que un griego caía en tus manos. Mas ahora que, por los sueños que me han llenado de amargura, creo que Orestes ya no vive, me encontráis mal dispuesta, quienquiera que seáis quienes habéis llegado. Y es que, amigas mías, sé que es verdad que los infortunados no tienen buenos sentimientos hacia quienes les superan en infortunio cuando han recibido un revés. 350

Pero nunca ha llegado aquí el viento favorable de Zeus ni un navío que, atravesando las Simplégades, trajera aquí a Helena —la que me perdió— y a Menelao, para vengarme de ellos cambiando este Áulide²⁷ de aquí por la de allí, en la que los Danaidas me asieron como a una ternera e iban a sacrificarme, y el sacerdote iba a ser el padre que me engendró. 355

¡Ay de mí! ¡No quiero acordarme de los males de entonces! ¡Cuántas veces levanté mis manos hacia la barba y rodillas de mi padre y colgada de él decía estas palabras!: «Padre, me entregas en nefando matrimonio. Mientras tú me matas, mi madre y las argivas están cantando los cantos de mi himeneo y todo el palacio resuena con las flautas. Y yo perezco a tus manos. ¡Conque era Hades, y no el hijo de Peleo, el Aquiles a quien me prometiste como esposo mientras, con engaño, me conducías en carro a una boda de sangre!» Yo tenía mi vista oculta tras el sutil velo y no tomé las manos de mi hermano —¡el que ahora está muerto!— ni besé, por vergüenza, la boca de mi hermana pensando que marchaba al palacio de Peleo. Muchas despedidas las dejé para después, ya que iba a regresar a Argos. 360

¡Ah, pobre Orestes! Si has muerto, ¡por qué maldades y ambiciones de tu padre has perecido! Yo repruebo los pensamientos torcidos de esta diosa. Si un mortal se contamina con una muerte, o si toca 365

regresar a Argos. 370

¡Ah, pobre Orestes! Si has muerto, ¡por qué maldades y ambiciones de tu padre has perecido! Yo repruebo los pensamientos torcidos de esta diosa. Si un mortal se contamina con una muerte, o si toca 375

regresar a Argos. 380

²⁷ Metonimia por «sacrificio» o «muerte».

con sus manos a una parturienta o a un cadáver, lo rechaza de sus altares, ya que lo considera abominable. En cambio, ella se complace en cruentos sacrificios humanos. No es posible que Leto, la esposa de Zeus, haya parido semejante sinrazón. En verdad, juzgo que es increíble el banquete de Tántalo a los dioses —¡que se complacieron engullendo a su hijo!—. Creo que los habitantes de esta tierra, homicidas como son, atribuyen a la diosa su maldad. Pues no creo que ninguno de los dioses sea malvado.

CORO.

ESTROFA 1.a

Oscuros, oscuros estrechos²⁸ del mar, donde el tábano volador se lo pasó desde Argos al mar Inhópito cambiando Europa por la tierra de Asia.

¿Quiénes serán los que han abandonado el Eurotas de hermosas aguas, de verdeantes juncos, o la sagrada corriente de Dirce²⁹ y han llegado, llegado, a una tierra insociable, donde la sangre humana empapa los altares y el templo porticado de la hija de Zeus?

ANTISTROFA 1 a

¿Acaso con el sonoro doble batir de sus remos de abeto han hecho navegar sobre las olas su carro marino con brisas que sacuden las velas, emulándose para acrecentar la riqueza de sus palacios?

Sí, pues la esperanza es amada e insaciable para daño de los hombres que portan el peso de su riqueza vagando sobre el mar y atravesando países bárbaros. Su esperanza es la misma, mas para unos la idea de riqueza está fuera de sazón y para otros se sitúa en el centro.

ESTROFA 2.a

¿Cómo atravesaron las Rocas que entrechocan, como las riberas, que no duermen³⁰, de los hijos de Fineo a lo largo del marino borde, corriendo entre el rumor de las olas de Anfitrite³¹, donde cantan los coros de las cincuenta hijas de Nereo con pies circulares,

mientras en proa estride el ajustado timón con las

²⁸ El Bósforo, que separa Asia de Europa. Ya Esquilo (Prometeo 732) explica su nombre relacionándolo con el tránsito (póros) que lo convertida en vaca (bós) por los celos de Hera y perseguida por un tábano (cf. también Esquilo, Suplicantes 540 y sigs.).

²⁹ Son los ríos de Esparta y Tebas, respectivamente. Aquí contrastados con las tierras secas y semidesérticas de los Tauros.

³⁰ Es la costa de Tracia, siempre agitada, que sigue la dirección Norte a Oeste desde el Bósforo hasta el promontorio de Tinias. Fineo era su rey y se asocia con personajes portadores de tormenta: casado con una hija de Bóreas y visitado por las Harpías, personificaciones del ciclón.

³¹ Esposa de Posidón, reina del mar y personificación del movimiento mismo de las olas.

húmedas brisas o los soplos de Céfiro hacia la tierra 435
poblada de aves, blanca³² ribera, hermoso estadio para
las carreras de Aquiles más allá del mar Inhóspito?

ANTISTROFA 2.a

¡Ojalá respondiendo a las preces de mi dueña, He- 440
lena, la querida hija de Leda, abandonara la ciudad de
Troya y diera por venir aquí donde —su pelo rociado 445
con lustración sangrienta— muriera a manos de mi
dueña recibiendo castigo equitativo! ¡Ojalá recibiera- 450
mos la placentera nueva de que ha llegado un nave-
gante de la tierra de Grecia para poner fin al dolor de
mi triste esclavitud! ¡Ojalá estuviera en casa, aun en 455
sueños, y en la ciudad paterna —gozo de sueños pla-
centeros, placer común de la riqueza!³³

(Entran Orestes y Píldes encadenados y acompañados por guardias.)

CORIFEO. — ¡Mas he aquí que se acercan con manos 460
atadas estos dos, el nuevo sacrificio de la diosa! Silen-
cio, amigas, que se acercan al templo estas primicias
de hombres griegos. No fue engañoso el anuncio que
nos comunicó el vaquero.

Soberana, si nuestro pueblo te ofrece estas víc- 465
timas con agrado de tu parte, acepta el sacrificio que
nuestras leyes declaran impío.

IFIGENIA. — Bien. Primero he de ocuparme de que 470
los asuntos de la diosa vayan bien. Soltad las manos
de los extranjeros; que, sagrados como son, no estén
más tiempo átidos.

(A los guardianes.) Marchad dentro del templo y
disponed lo que es necesario y ritual para el caso
presente.

(A los extranjeros.) ¡Ay! ¿Quién es vuestra madre y 475
padre? Y vuestra hermana —si es que tenéis una—,
¡qué dos hermanos va a perder!³⁴

Nadie sabe a quién le espera un destino así. Todo
lo divino camina en la oscuridad y nadie conoce
mal alguno, pues la Fortuna nos conduce en la ig-

³² Se refiere a las islas de Leuke («blanca»), frente a la desembocadura del Danubio, donde había un templo de Aquiles. Según el mito, Tetis lo transportó allí desde su pira funeraria. Allí seguía practicando los deportes con sus camaradas (cf. Máximo de Tiro, XV 71, y Píndaro, Nemea TV 79). Según otras versiones, Aquiles llega allí persiguiendo a Ifigenia (Escolio Apolodoro, loc. cit.). También era conocida esta isla por sus gaviotas, de donde tomó el nombre de blanca, según Dioniso Perifxeta, 542 y sigs.

³³ Frase difícil. Puede significar: a) «ojalá estuviera ya en casa (porque ello sería) gozar de aquello que ahora sueño y que es un placer que los ricos gozan en compañía»; b) «ojalá estuviera ya en casa (porque ello sería) un placer (i. e. un sueño) común a nosotras y a los ricos» (Platnauer). Ninguno de los dos sentidos es satisfactorio y probablemente hay que pensar en una corrupción incurable del texto.

³⁴ S. e. «con seguridad de antemano, etc.». No hay necesidad de cambiar el texto de los Mss., como han hecho muchos editores, y mucho menos suponer una laguna.

norancia.
 ¿De dónde habéis llegado, desventurados extranjeros?
 Durante largo tiempo habéis navegado hasta esta tierra y por largo tiempo, para siempre, vais a estar bajo tierra lejos del hogar. 480

ORESTES. — ¿Por qué te lamentas, mujer, por qué te apena la desgracia que nos aguarda, quienquiera que tú seas?
 No considero sensato a quien va a morir y quiere superar con la lástima ajena el miedo a la muerte, privado como está de toda esperanza de salvación. De un mal hace dos: incurre en la acusación de necio y muere igualmente. Hay que ceder a la suerte. No lamentos nuestro destino: ya conocemos los sacrificios de aquí, lo sabemos. 485

IFIGENIA. — ¿Quién de vosotros tiene el nombre de Pilades? Esto es lo primero que quiero saber. 490

ORESTES. — Éste, si te causa placer el conocerlo.

IFIGENIA. — ¿De qué ciudad es ciudadano griego? 495

ORESTES. — ¿Y de qué te servirá saberlo, mujer?

IFIGENIA. — ¿Sois hermanos de una sola madre?

ORESTES. — Somos hermanos por amistad, mas no por parentesco.

IFIGENIA. — ¿Y a ti qué nombre te puso el padre que te engendró?

ORESTES. — En justicia debería llamarme Desventurado. 500

IFIGENIA. — No es ésta mi pregunta. Eso atribúyelo a tu destino.

ORESTES. — Si muero sin nombre no seré objeto de burla.

IFIGENIA. — ¿Y por qué te irrita eso? ¿Cómo puedes ser tan orgulloso?

ORESTES. — Tú sacrificarás mi cuerpo, no mi nombre. 505

IFIGENIA. — ¿Tampoco me dirás el nombre de tu ciudad?

ORESTES. — Estás preguntando algo que no me va a ofrecer ventaja alguna, ya que voy a morir.

IFIGENIA. — ¿Qué te impide hacerme este favor?

ORESTES. — Afirmando con orgullo que mi patria es la ilustre Argos.

IFIGENIA. — ¡Por los dioses, extranjero! ¿En verdad eres nativo de allí?

510

ORESTES. — Sí, de la Micenas que un día fue opulenta.

IFIGENIA. — ¿Has salido exiliado de tu patria? ¿O por qué circunstancia?

ORESTES. — De alguna forma soy exiliado voluntario, aunque no lo deseo.

IFIGENIA. — ¿Entonces me dirás algo de lo que deseo oír?

ORESTES. — Será una adición a mis desventuras.

515

IFIGENIA. — Y sin embargo eres bienvenido al llegar de Argos.

ORESTES. — No para mí, desde luego. Si lo soy para ti, puedes complacerte en ello.

IFIGENIA. — Seguro que tienes conocimiento de Troya, de la que se habla por todas partes.

ORESTES. — ¡Ojalá no la hubiera conocido ni siquiera en sueños!

IFIGENIA. — Dicen que ya no existe, que ha sucumbido a la guerra.

520

ORESTES. — Así es, tus noticias son exactas.

IFIGENIA. — ¿Ha llegado Helena de regreso a casa de Menelao?

ORESTES. — Ha llegado para desgracia de uno de nosotros.

IFIGENIA. — ¿Y dónde está? Que también a mí me debe un daño desde antiguo.

ORESTES. — Habita en Esparta con su primer marido.

IFIGENIA. — ¡Oh mujer odiada por los griegos y no sólo por mí! 525

ORESTES. — También a mí, en verdad, me alcanzaron sus bodas³⁵.

IFIGENIA. — ¿Y el regreso de los aqueos? ¿Se ha producido tal como se cuenta?

ORESTES. — Estás interrogándome de una vez, tratando de abarcarlo todo.

IFIGENIA. — Quiero sacarte todo antes de que Mueras.

ORESTES. — Pregunta, ya que lo deseas. Hablaré. 530

IFIGENIA. — ¿Volvió de Troya un adivino, un tal Calcante?

ORESTES. — Ha muerto, según se decía en Micenas.

IFIGENIA. — ¡Oh diosa soberana, qué hermosura! ¿Y qué hay del hijo de Laertes?

ORESTES. — Todavía no ha regresado a casa, pero vive, según cuentan.

IFIGENIA. — Ojalá muera! ¡Que nunca consiga volver a su patria! 535

ORESTES. — ¡No lo maldigas! Todo lo que le rodea se torna sufrimiento.

IFIGENIA. — ¿Y el hijo de la Nereida Tetis vive aún?

ORESTES. — No vive. En Áulide contrajo matrimonio con resultado funesto.

IFIGENIA. — Y engañoso, como saben los que lo sufrieron.

³⁵ Sc. con Paris.

ORESTES. — ¿Quién puedes ser tú? ¡Qué exactas son tus palabras sobre todo lo de Grecia! 540

IFIGENIA. — De allí soy. Cuando aún era niña la abandoné para mi ruina.

ORESTES. — ¡Con razón deseas entonces conocer las cosas de allí!

IFIGENIA. — ¿Y el general a quien todos llaman afortunado?

ORESTES. — ¿Quién? Porque el que yo conozco no se cuenta entre los afortunados. 545

IFIGENIA. — Un hijo de Atreo, de nombre Agamenón el soberano.

ORESTES. — No lo sé. Deja ya de interrogarme, mujer.

IFIGENIA. — No, por los dioses. Dimelo, extranjero, para recibir consuelo.

ORESTES. — Ha muerto el desdichado, y con él ha perdido a otro.

IFIGENIA. — ¿Ha muerto? ¿En qué circunstancias? ¡Pobre de mí! 550

ORESTES. — ¿Por qué lamentas su muerte? ¿Acaso te atañe?

IFIGENIA. — Lamento su antigua prosperidad.

ORESTES. — Ha perecido de mala manera, degollado por una mujer.

IFIGENIA. — ¡Qué digna de lástima es la asesina. y la víctima!

ORESTES. — Pon fin a tus palabras, no preguntes más. 555

IFIGENIA. — Sólo una cosa: ¿vive la esposa de ese desdichado?

ORESTES. — No vive. La ha matado el propio hijo a quien parió.

IFIGENIA. — ¡Oh casa conmovida! ¿Y qué quería con ello?

ORESTES. — Vengarse de ella por la muerte del padre.

IFIGENIA. — ¡Ay! ¡Qué bien ha llevado a cabo un acto injusto de justicia!

ORESTES. — Y sin embargo, con ser justo, no tiene suerte de parte de los dioses. 560

IFIGENIA. — ¿Ha dejado Agamenón algún otro hijo en casa?

ORESTES. — Sólo a Electra soltera.

IFIGENIA. — ¿Y de la hija sacrificada? ¿Se dice algo?

ORESTES. — Nada, excepto que ha muerto y ya no ve la luz del sol.

IFIGENIA. — ¡Pobre de ella y del padre que la mató! 565

ORESTES. — Pereció por la maldita gracia de una mala mujer.

IFIGENIA. — ¿Y el hijo del padre muerto vive en Argos?

ORESTES. — Vive —y bien desdichado— en ninguna y en todas partes.

IFIGENIA. — ¡Adiós, sueños falaces! Resulta que no teníais ningún valor.

ORESTES. — Desde luego. Tampoco los dioses a quienes llamamos sabios son más veraces que los fugaces sueños. Hay una gran confusión, tanto en el mundo divino como en el humano. Sólo una cosa es dolorosa: 570

el que —siendo prudente— hace caso a las palabras de los adivinos, está perdido a los ojos de quienes lo saben bien. 575

CORIFEO. — ¡Ay, ay! ¿Y nosotras y nuestros progenitores? ¿Acaso viven? ¿Acaso no viven? ¿Quién podría decirlo?

IFIGENIA. — Escuchad. Buscando afanosamente algo

que fuera de provecho para vosotros y para mí al mismo tiempo, extranjeros, he dado con una idea —pues se llega a una buena situación sobre todo cuando la misma cosa agrada a todo el mundo—: ¿estaría dispuesto, si yo te salvara, a marchar a Argos y llevar un mensaje a mis amigos de allí? Es una tablilla que me escribió un prisionero que se compadeció de mí, porque pensaba que no era mi mano quien lo mataba, sino que moría por causa de la ley, dado que la diosa lo consideraba justo. Nunca he tenido a nadie que volviera a Argos para llevar el mensaje, nadie que se salvara y entregara esta carta a alguno de mis amigos.

580

585

590

595

ORESTES. — Está bien lo que has dicho, excepto en un punto, forastera: que éste sea sacrificado es para mí grave carga. Soy yo quien transporta el peso de la desgracia; él es mi compañero de viaje para aliviar mis trabajos. No sería justo que cargara tu agradecimiento a cuenta de su muerte y que yo mismo me librara del mal. Conque se hará así: entrégale a él la carta —la hará llegar a Argos de forma que todo te resulte bien— y a mí que me mate quien quiera. Lo más indigno es salvarse uno mismo luego de poner a los amigos en situación desgraciada. Resulta que éste es un amigo a quien deseo que viva antes que yo mismo.

600

605

IFIGENIA. — ¡Qué nobleza de carácter! ¡Qué nobles son tus raíces y cuán amigo de tus amigos eres en verdad! Ojalá fuera así el que quede de mis hermanos. Y es que yo, forastero, también tengo un hermano aunque no lo vea con mis ojos. Mas, ya que así lo deseas, enviaremos a éste con la tablilla y tú morirás. Se da el caso de que eres tú quien tiene grandes deseos de morir.

610

615

ORESTES. — ¿Quién me sacrificará soportando este horror?

IFIGENIA. — Yo. Éste es el servicio³⁶ que tengo de la diosa.

³⁶ Sc. religioso. La palabra prostrop significa propiamente «plegaria», pero aquí tiene el sentido amplio de «servicio religioso».

ORESTES. — Nada envidiable por cierto, muchacha, ni feliz.

IFIGENIA. — Pero en esta obligación he caído y tengo que cumplirla.

620

ORESTES. — ¿Y tú, una mujer, sacrificas con espada a los hombres?

IFIGENIA. — No, yo rociaré tu pelo con agua lustral.

ORESTES. — ¿Y quién es el verdugo, si es que sirve de algo preguntarlo?

IFIGENIA. — Dentro de este recinto están quienes se ocupan de ello.

ORESTES. — ¿Qué clase de tumba me aguarda una vez que haya muerto?

625

IFIGENIA. — Dentro hay un fuego sagrado y la amplia abertura de una gruta.

ORESTES. — ¡Ay! ¿Y cómo podrían amortajarme las manos de mi hermana?

IFIGENIA. — Desdichado —quienquiera que tú seas—, yana es la súplica que has hecho. Ella vive lejos de esta tierra bárbara. Sin embargo, puesto que eres argivo, no dejaré yo misma de hacerte ese favor en lo que esté a mi alcance. Pondré sobre tu tumba numerosos adornos, haré que tu cuerpo se consuma en dorado aceite y arrojaré en tu pira el jugo de la rubia abeja montaraz que fluye de las flores.

630

Bien, voy a traer la tablilla del templo de la diosa y, desde luego, no me acuses de crueldad. Siervos, guardadlos sin ligaduras. Puede que envíe a alguno de mis amigos de Argos —a quien yo más amo— noticias que no espera. Esta tablilla le anunciará que viven quienes él cree muertos y le producirá con sus palabras un placer seguro. (Entra en el templo.)

635

640

645

CORO. — (A Orestes.) Levanto mi llanto por ti, que te debes a la sangrienta aspersion del agua lustral.

ORESTES. — No es para lamentarse, extranjeras, alegras.

CORO. — (A Pilades.) Y a ti, joven, te bendecimos por tu buena suerte. Feliz tú, porque pronto arribarás

a la patria. 650

PÍLADES. — No es envidiable para un amigo el que sus amigos mueran.

CORO. — ¡Oh triste regreso! ¡Ay, ay, perdido estás!
¡Ay, ay! ¿Cuál de los dos lo está más? Mi mente se debate entre dos pensamientos contrarios: ¿Levantará mis lamentos por ti o más bien por ti? 655

ORESTES. — Pílates, por los dioses, ¿tienes la misma idea que yo?

PÍLADES. — No sé. Me preguntas y no sé qué decir. 660

ORESTES. — ¿Quién es esta joven? Porque nos ha interrogado en griego por los sufrimientos de Troya y el regreso de los aqueos; por Calcante, el entendido en aves de agüero, y por el nombre de Aquiles. Cómo lamentaba también al desventurado Agamenón y me preguntaba por su esposa e hijos. Esta extranjera procede de allí, es argiva. No habría enviado una tablilla ni trataría de saber si Argos se encuentra bien, como quien tiene algo en común. 665

PÍLADES. — Te me has adelantado un poco. Has dicho, antes que yo, lo mismo que iba a decir, excepto en un punto: la suerte de nuestros reyes la conoce todo aquel que ha hecho o recibido una visita. Sin embargo, hay también otra cosa que he estado considerando. 670

ORESTES. — ¿Cuál? Si la expones abiertamente podrás dilucidarla mejor.

PÍLADES. — Es vergüenza que yo siga viviendo, muerto tú. En tu compañía emprendí el viaje y en compañía tuya he de morir. Cobraré fama de cobarde y malvado en Argos y en la Fócide, tierra de numerosos valles. La mayoría —pues la mayoría es aviesa— pensarán que te traicioné para salvarme yo solo o incluso 675

que te asesiné —atribuyendo tu muerte a la ruina de tu familia— por conseguir tu realeza casándome con la heredera, tu hermana. En efecto, éste es mi temor y por vergüenza lo tengo. Nada impedirá que muera contigo, que contigo sea degollado y que el fuego consuma mi cuerpo, ya que soy tu amigo y temo la maledicencia. 680
685

ORESTES. — Contén tus palabras. Soy yo quien tiene que sobrellevar mis males y si puedo soportar un

dolor, no estoy dispuesto a soportar dos. Lo que tú llamas doloroso y reprochable, también lo es para mí si causo tu muerte cuando has participado de mis penalidades. En lo que a mí respecta, no es malo que muera si sufro lo que sufro de parte de los dioses. En cambio tú eres afortunado, tienes un hogar limpio y no contaminado; yo estoy maldito y soy desafortunado.	690
Si te salvas y tienes hijos de mi hermana, a la que te entregué como esposa, mi nombre sobrevivirá. Mi casa paterna no desaparecerá falta de descendencia. Conque marcha, sigue viviendo y haz tu hogar de la casa de mi padre. Y cuando llegues a la Hélade y a Argos, tierra de caballos, te encomiendo por tu mano derecha que me levantes una tumba y me erijas un monumento; y que mi hermana ponga sobre mi tumba sus lágrimas y su pelo. Comunícale que he muerto a manos de una mujer argiva, luego de ser purificado junto al altar para mi sacrificio. No traiciones jamás a mi hermana porque veas en soledad la familia con la que has emparentado.	695
Adiós. Tú eres el más amado de mis amigos, tú que conmigo te educaste y conmigo fuiste de caza, tú que has soportado el peso de mis males.	700
Febo nos engañó, con ser profeta, y me alejó lo más que pudo de Grecia, sirviéndose de malas artes, por vergüenza a su primer oráculo ³⁷ . A él me entregué en cuerpo y alma y por obedecer sus palabras y matar a mi madre ahora perezco yo mismo.	705
PÍLADES. — Tendrás una tumba y jamás traicionaré el lecho de tu hermana, desdichado, pues muerto te tendré por más amigo que vivo.	710
Sin embargo, no te ha destruido todavía el oráculo del dios por cerca que estés de la muerte. Y es que es verdad, es verdad que un excesivo infortunio produce un cambio completo en ocasiones.	715
<i>(Sale Ifigenia del templo.)</i>	
ORESTES. — Las palabras del dios no me han beneficiado. Mas calla, que sale del templo esta mujer.	720
IFIGENIA. — (A los guardianes.) Retiraos vosotros, marchad a preparar lo de dentro para quienes se encargan del sacrificio.	
Éstos son, extranjeros, los pliegues de la tablilla. Escuchad ahora lo que deseo, además de esto, pues ningún hombre es el mismo cuando está en dificulta-	725
	730

³⁷ Aquel en el que le ordenó matar a su madre.

des y cuando sale del miedo y se siente seguro.
Temo que cuando se aleje de esta tierra el que
va a llevar a Argos la tablilla, no tenga en nada esta
mi carta.

ORESTES. — ¿Entonces qué quieres? ¿Qué te falta?

735

IFIGENIA. — Que me preste juramento de que habrá de
llevar a Argos este escrito y transmitírselo a los míos,
como deseo.

ORESTES. — ¿Le harás tú a él una promesa seme-
jante?

IFIGENIA. — ¿Qué tengo que hacer o no hacer? Dime.

ORESTES. — Dejarlo salir con vida de esta tierra
bárbara.

IFIGENIA. — Tienes razón, pues, ¿cómo, si no, podría
transmitirlo?

740

ORESTES. — ¿Es que accederá el rey a esto?

IFIGENIA. — Sí. Yo lo persuadiré y yo misma pondré
a éste en la nave.

ORESTES. — (A Pílares.) Jura. (A Ifigenia.) Inicia tú
el juramento, que será sagrado.

IFIGENIA. — Tienes que decir: «Entregaré ésta a tus
amigos.»

PÍLADES. — «A tus amigos entregaré esta carta.»

745

IFIGENIA. — «Y yo te enviaré vivo fuera de las Ro-
cas Oscuras.»

PÍLADES. — ¿Por quién de los dioses juras como ga-
rante?

IFIGENIA. — Por Ártemis, en cuyo templo tengo ofi-
cio sagrado.

PÍLADES. — Y por el rey del cielo, por el tremendo
Zeus.

IFIGENIA. — ¿Y si conculcas el juramento Y me trai-
cionas?

750

PÍLADES. — Que no pueda volver. ¿Y tú qué, si no me salvas?

IFIGENIA. — Que jamás, mientras viva, vuelva a poner en Argos la huella de mi pie.

PÍLADES. — Escucha ahora una fórmula que hemos omitido.

IFIGENIA. — Bien. Ninguna sugerencia está fuera de lugar si es buena.

PÍLADES. — Concédeme esto de buena gana: si le pasa algo a la nave y la tablilla desaparece con las otras cosas entre el oleaje —y sólo salvo mi cuerpo-, que yo no siga ligado a este juramento. 755

IFIGENIA. — Entonces, ¿sabes lo que voy a hacer? —pues muchas precauciones aseguran muchos éxitos—. Te diré de palabra, para que lo puedas comunicar a los míos, todo lo que está escrito en los pliegues de la tablilla, pues así es más seguro. Conque si consigues salvar el escrito, él mismo comunicará en silencio sus palabras. Pero si estas letras desaparecen en el mar, salvando tu cuerpo salvarás mis palabras. 760 765

PÍLADES. — Has hablado para bien tuyo y mío. Indícame a quién tengo que llevar esta carta en Argos y qué tengo que decir una vez que te haya escuchado. 770

IFIGENIA. — Comunica a Orestes, el hijo de Agamemón: «Te envía esta carta Ifigenia, la que fue sacrificada en Áulide, pero que vive, aunque ya no exista para los de allí.»

ORESTES. — ¿Y dónde está ella? ¿Ha vuelto a la vida después de muerta?

IFIGENIA. — Ella es a quien tú estás viendo, no me interrumpas con tus palabras. «Hermano, llévame a Argos antes de que muera, llévame lejos de esta tierra bárbara. Apártame de los sacrificios de la diosa en los que tengo por oficio matar extranjeros.» 775

ORESTES. — Pilades, ¿qué diré? ¿En qué situación nos encontramos?

IFIGENIA. — «... o me convertiré en una maldición para tu casa, Orestes...» —aprende este nombre oyéndolo por segunda vez—.

PÍLADES. — ¡Oh, dioses!...

IFIGENIA. — ¿Por qué invocas a los dioses en un asunto que me concierne a mí?

PÍLADES. — Por nada. Continúa, me había distraído.

IFIGENIA³⁸. — Él te interrogará y llegará a conocer lo que no podrá creerse. Dile que Ártemis me salvó poniendo en mi lugar una cierva. Fue a ésta a quien sacrificó mi padre creyendo descargar su aguda espada sobre mí. Y luego me estableció en esta tierra. Ésta es la carta, esto es lo que hay escrito en la tablilla.

785

PÍLADES. — ¡Qué fácil de cumplir es el juramento con que me has ligado! ¡Qué hermoso juramento! No esperaré mucho tiempo, cumpliré la promesa que he jurado.

790

(A Orestes.) Aquí te traigo, Orestes, una tablilla; te la entrego de parte de tu hermana.

ORESTES. — La acepto, pero dejaré de lado los pliegues de la carta. Antes prefiero tomar placer de los hechos que no de las palabras. Queridísima hermana mía, asombrado como estoy te rodeo con brazos incrédulos y me sumerjo en la alegría ahora que conozco lo que me resulta increíble.

795

CORIFEO. — Extranjero, no tienes derecho a tocar a la sierva de la diosa poniendo tus manos en su túnica intocable.

ORESTES. — No me des la espalda, hermana mía, hija de mi mismo padre Agamenón. Ya tienes a tu hermano cuando pensabas que jamás lo tendrías.

800

IFIGENIA. — ¿Tú, hermano mío? ¿No dejarás de hablar? Son Argos y Nauplia quienes están llenos de su presencia³⁹.

ORESTES. — Desventurada, no es allí donde está tu hermano.

805

IFIGENIA. — ¿Entonces te engendró la laconia hija de Tindáreo?

ORESTES. — Sí, del nieto de Pélope, de quien yo nací.

³⁸ Atribuimos, con Waclaein, esta línea a Ifigenia.

³⁹ Quizá, con Gaéolre e England, «de su grandeza», i. e. que es athxnado o importante allí.

IFIGENIA. — ¿Qué dices? ¿Tienes alguna prueba de ello?

ORESTES. — La tengo. Pregúntame cualquier cosa de la familia paterna.

810

IFIGENIA. — Eres tú quien tienes que hablar y yo enterarme.

ORESTES. — Te diré primero esto, por habérselo oído a Electra: ¿sabes que hubo una disputa entre Atreo y Tiestes?

IFIGENIA. — De oídas. Fue cuando se produjo la querrela por el cordero de oro.

ORESTES. — ¿Entonces sabes que la bordaste en una tela sutil?

815

IFIGENIA. — Queridísimo hermano, estás acercándote a mis recuerdos.

ORESTES. — ¿Y que bordaste en el telar la imagen del sol cambiando su curso?

IFIGENIA. — También bordé esta imagen en el fino tejido.

ORESTES. — ¿Y recibiste en Áulide el baño nupcial de manos de tu madre?

IFIGENIA. — Lo sé; mi boda, no siendo feliz, no me ha privado de ello⁴⁰.

820

ORESTES. — ¿Y qué? ¿Recuerdas haber entregado tu pelo para que se lo llevaran a tu madre?

IFIGENIA. — Sí, como recuerdo sobre mi tumba en lugar de mi cuerpo.

ORESTES. — En cuanto a lo que yo mismo he visto, te lo ofreceré como prueba: la lanza antigua de mi padre que permanece oculta en tu habitación de soltera, en el palacio de Pélope; la que blandió en sus manos cuando consiguió a Hipodamía, la moza de Pisa, después de matar a Enómao.

825

⁴⁰ 1 e. de su recuerdo, como explica el escoliasta del ms.

IFIGENIA. — ¡Oh mi querido! Por ninguna otra cosa
—pues eres lo más amado— te tengo, Orestes, venido 830
de lejos de mi patria Argos. ¡Oh, mi amado!

ORESTES. — También yo te tengo a ti, a la que se
cree muerta. El llanto, el gemido unido a la alegría
empapan tus párpados lo mismo que los míos.

IFIGENIA. — Éste es el que todavía niño dejé recién 835
nacido en brazos de la nodriza, recién nacido en casa.

¡Oh alma mía, que eres más feliz que para dicho!
¿Qué diré? Más lejos que un milagro, más lejos que 840
cualquier palabra ha llegado este encuentro.

ORESTES. — ¡Qué en el futuro seamos felices en
mutua compañía!

IFIGENIA. — Extraña alegría me invade, amigas. Temo
que de mis brazos hasta el éter con alas se me escape.
¡Ay hogar ciclópeo! ¡Ah patria mía, amada Micenas!, 845
gracias te doy por su vida, gracias por su crianza,
porque criaste a este mi hermano, luz para mi casa.

ORESTES. — Hermana, por estirpe somos afortuna- 850
dos, mas por circunstancias adversas nuestra vida es
infeliz.

IFIGENIA. — Ya sé —¡pobre de mí!—, ya sé que mi
padre puso sobre mi cuello su espada.

ORESTES. — ¡Ay de mí! Me parece que te estoy 855
viendo allí, aunque no estuve presente.

IFIGENIA. — Hermano, no había cantos de himeneo
cuando a la tienda y al lecho de Aquiles a traición me
llevaron. Mas sí había llanto y lamentos junto al altar. 860
¡Horror, horror de aquellas lustraciones!

ORESTES. — También yo lamenté la osadía de mi
padre.

IFIGENIA. — En suerte me tocó un destino de mal
padre, de mal padre. Una desdicha sigue a otra por 865
voluntad de algún dios.

ORESTES. — ¡Y si hubieras matado a tu hermano,
desdichada!

IFIGENIA. — ¡Ah, desventurada, qué tremenda osadía!
Un acto terrible, terrible, iba a cometer. Hermano,

¡ay de mí!, a punto estuviste de morir con muerte
impía, segado por mis manos. Mas de todo esto, ¿cuál
será el término? ¿Qué suerte me acompañará? ¿Qué
camino encontraré para alejarte de este pueblo⁴¹, de
la muerte, y enviarte a la patria Argos antes de que la
espada toque tu sangre? Esto es, esto es, triste alma
mía, lo que tienes que encontrar. ¿Acaso por tierra?
¿No por mar, sino a golpes de tu pie? Encontrarás la
muerte entre bárbaras tribus y por caminos, que no
son caminos, caminando. ¡Tendrá que ser por las Rocas
Oscuras del estrecho, larga singladura para el correr
de una nave! ¡Pobre de mí, pobre de mí! ¿Qué dios,
pues, o qué mortal o qué circunstancia inesperada en-
contraría una salida imposible para librar del mal a
los dos únicos Atridas? 870
875
880
885
890
895
900

CORIFEO. — Entre lo maravilloso y que supera toda
palabra yo misma he visto este encuentro; no lo he
oído por boca de un tercero.

PÍLADES. — Es natural, Orestes, que cuando un amigo
llega ante la presencia de quien ama, se abracen, pero
hay que abandonar las lamentaciones y poner todo
nuestro empeño en recobrar la salvación —¡glorioso
nombre!— y salir de esta tierra bárbara. Es propio
de hombres sabios no abandonar su suerte, dejando
pasar la oportunidad, por gozar de un placer inopor-
tuno. 905

ORESTES. — Dices bien. Creo que es cosa de la suer-
te y de nosotros. Si un hombre es diligente, es razona-
ble que la suerte⁴² tenga más fuerza. 910

IFIGENIA. Nada puede retenerme ni impedir que
pregunte primero qué suerte le ha tocado vivir a
Electra, pues todos vosotros me sois queridos.

ORESTES. — Ella vive con éste⁴³ y lleva una existen-
cia feliz. 915

IFIGENIA. — ¿Y éste de dónde procede, de quién es
hijo?

ORESTES. — Su padre tiene el nombre de Estrofo,
el Focense.

⁴¹ Lit. «de esta ciudad». Esta expresión resulta chocante, por lo que se ha alterado variablemente el texto. Quizá la conjetura más aceptable, de ser necesaria, sería *peléke;5n* de REI5KB, alejarte «del hacha».

⁴² Lit. «la divinidad».

⁴³ Con Pílares.

IFIGENIA. — ¿Entonces es hijo de la hija⁴⁴ de Atreo, pariente mío?

ORESTES. — Sí, es tu primo y mi único amigo de verdad.

IFIGENIA. — Él no vivía cuando mi padre me sacrificó. 920

ORESTES. — No vivía, pues Estrofo estuvo cierto tiempo sin hijos.

IFIGENIA. — Yo te saludo, esposo de mi hermana.

ORESTES. — Y salvador mío, no sólo pariente.

IFIGENIA. — ¿Cómo te atreviste a un acto tan terrible contra tu madre?

ORESTES. — Guardemos silencio sobre ello... Fue en venganza de mi padre. 925

IFIGENIA. — ¿Cuál fue la causa? ¿Por qué mató a su esposo?

ORESTES. — Deja de preguntar por tu madre. No está bien que lo conozcas.

IFIGENIA. — Callaré. Pero ¿y Argos? ¿Tiene todavía puestos sus ojos en ti?

ORESTES. — Menelao es rey. Yo soy exiliado de mi patria.

IFIGENIA. — ¿No habrá ultrajado nuestro tío nuestra casa en ruinas? 930

ORESTES. — No, es el terror de las Erinis lo que me ha arrojado del país.

IFIGENIA. — ¿Entonces es éste el ataque de locura que se anunció que padecías en estas mismas costas?

ORESTES. — No es ahora la primera vez que me ven en este miserable estado.

IFIGENIA. — Entiendo. Las diosas te persiguen por causa de tu madre. 935

⁴⁴ Anaxibia, hermana de Agamenón y esposa de Estrofo.

ORESTES. — Hasta el punto de que han puesto un freno sangriento en mi boca.

IFIGENIA. — ¿Y por qué has pasado a esta tierra?

ORESTES. — He llegado por orden del oráculo de Febo.

IFIGENIA. — ¿Qué tienes que hacer? ¿Se puede decir o es secreto?

ORESTES. — Te lo diré. Éste es el comienzo de mis muchos males. Desde que esta desgracia de mi madre 940

que ahora silenciamos recayó sobre mis manos, me acosaron las Erinis, como a un fugitivo, con sus persecuciones. Después, Loxias dirigió mis pasos hacia Atenas para ofrecer expiación a las diosas sin nombre⁴⁵, pues hay allí un sagrado tribunal que Zeus estableció para Ares como consecuencia de haber mancillado sus manos con cierto crimen⁴⁶. 945

Allí me presenté... Al principio ningún huésped me acogió de buen grado, pues era un ser odiado por los dioses. Pero los que sintieron piedad me ofrecieron en hospitalidad una mesa apartada⁴⁷ —aunque vivían bajo el mismo techo— y con su silencio me mantuvieron silencioso de forma que estuviera alejado de su comida y bebida. Llenaron una vasija propia, con la misma medida de vino para todos, y tenían contento. 950

Yo no me consideraba digno de censurar a mis hospedadores, sufría en silencio simulando no entender y lamentando sobremanera ser el asesino de mi madre⁴⁸. He oído que mis desdichas se han convertido en un rito de Atenas y que todavía se mantiene la costumbre de que el pueblo de Palas venera la vasija de las Coes⁴⁹. 955

Cuando llegué a la colina de Ares me sometí a juicio: yo ocupaba uno de los dos asientos y el otro la más anciana de las Erinis⁵⁰. Después que hube ha- 960

⁴⁵ Son las Erinis. No es que no tengan nombre, sino que se las solía dar un nombre eufemístico, como Euménides («benévolas») o Semnai («venerandas»).

⁴⁶ Ares mató a Halirroco porque éste había violado a su hija Mcipe.

⁴⁷ Esto no implica que sólo Orestes tuviera una mesa aparte. También los demás la tenían. Los espectadores atenienses, sin duda, no necesitaban esta explicación, pues conocían muy bien los detalles de la fiesta. Cf. n. 49.

⁴⁸ Se ha dado otra interpretación (England, Platnauer) a los Vv. 956-957: «sufría en silencio, entre grandes lamentos, simulando no tener conciencia de que era el asesino de mi madre».

⁴⁹ Esta narración es un mito etiológico de la fiesta ateniense de las Coes, que tenía lugar el segundo día de las Antesterias o fiestas de difuntos. En ella los participantes bebían, en mesas separadas, de una Coe (12 cotilas aprox. 4 litros) en vez de beber juntos de la crátera común.

⁵⁰ El acusado se sentaba en una piedra llamada «del crimen» (hombres), el acusador en la de la «implacabilidad» (anaideías) (cf. Pausanias, 1 28, 5).

blado y escuchado sobre la muerte de mi padre, Febo me salvó con su testimonio y Palas igualó los votos con su mano. Y salí victorioso en esta prueba de mi asesinato. Cuantas Erinis acataron el veredicto, se marcaron los límites de un terreno sagrado en el mismo lugar de la votación; pero las que no se plegaron a la legalidad no dejaban de acosarme en una persecución que no daba lugar al descanso, hasta que volví al sagrado recinto de Febo. Me puse delante de la entrada, ayuno de alimentos, y juré que reventaría allí mismo perdiendo mi vida si no me salvaba Febo, ya que él me había perdido.	965
Allí mismo dejó Febo oír su voz desde el áureo trípode y me envió aquí para apoderarme de la imagen caída del cielo y erigirla en suelo ateniense ⁵¹ .	970
Conque colabora conmigo en conseguir la salvación que me ha señalado. Si nos apoderamos de la imagen de la diosa, cesarán mis ataques de locura y te estableceré de nuevo en Micenas, luego de embarcarte en mi navío de muchos remos.	975
Vamos, hermana querida, salva tu casa paterna y sálvame a mí. Perdido soy y perdidos los Pelópidas si no arrebatamos la celeste imagen de la diosa.	980
	985
CORIFEO. — Terrible hierve la ira de los dioses; entre dolores arrastra a la simiente de Tántalo.	
IFIGENIA. — Tengo voluntad —y la tenía antes de que tú vinieras— de estar en Argos y de verte a ti, hermano. Deseo tanto como tú librarte de las dificultades y enderezar la casa paterna que se halla enferma, sin odio contra quien quiso matarme. Lo deseo, pues así alejaría mi mano de tu sangre y salvaría la casa. Pero no sé cómo escapar de la diosa y el rey cuando éste encuentre el pedestal de piedra sin su estatua. ¿Cómo librarme de la muerte? ¿Qué explicación podré dar? Ahora bien, si esto se produce junto y al mismo tiempo —si te llevas la estatua y a mí me llevas sobre nave de buena proa—, el riesgo valdrá la pena. Si, por el contrario, no consigo esto ⁵² , entonces yo estoy perdida y tu, en cambio, conseguirás volver habiendo dispuesto bien tus intereses.	990
	995
	1000
Mas no, no me arredro aunque tenga que morir para salvarte. Cuando un hombre muere en una casa, se le echa de menos; en cambio la mujer es débil.	1005
ORESTES. — No seré el causante de tu muerte y de	

⁵¹ Sobre esta nueva complicación en el mito de Orestes, cf. la Introducción.

⁵² I. e. el conseguir las dos cosas juntas. Se ha querido hacer más explícito este sentido corrigiendo el texto innecesariamente (cf. aparato crítico de Murray).

la de mi madre. Ya basta con su sangre. Contigo quiero
compartir la suerte, vivo o muerto. Te llevaré a casa,
si es que yo mismo consigo llegar allí, o me quedaré
aquí para morir contigo. 1010

Escucha mi opinión. Si nuestro plan fuera hostil a
Ártemis, ¿cómo me habría Loxias ordenado que llevara
a la ciudad de Palas la estatua de la diosa y que con-
templara tu rostro?⁵³ 1015

Poniendo todo esto en relación, espero conseguir
el regreso.

IFIGENIA. — ¿Y cómo podríamos evitar la muerte y
apoderarnos de lo que queremos? Éste es el punto
débil del regreso a casa. Éste es el punto a deliberar.

ORESTES. — ¿Nos sería posible matar al rey? 1020

IFIGENIA. — Terrible es el acto que has propuesto:
que un forastero mate a quien le hospeda.

ORESTES. — Con todo, hay que afrontarlo si puede
salvarnos a ti y a mí.

IFIGENIA. — No sería capaz, aunque alabo tu audacia.

ORESTES. — ¿Y si me ocultaras en este templo?

IFIGENIA. — ¿Con la idea de aprovechar la oscuridad
para salvarnos? 1025

ORESTES. — Sí, pues la noche es para los ladrones
y el día para la verdad⁵⁴.

IFIGENIA. — Hay dentro vigilantes sagrados, a quie-
nes no podremos hurtarnos.

ORESTES. — ¡Ay de mi, estamos perdidos! ¿Cómo,
entonces, podremos salvarnos?

IFIGENIA. — Creo que tengo una idea nueva. 1030

ORESTES. — ¿Cuál? Comunícame tu plan para que
yo lo sepa.

IFIGENIA. — Me serviré de tus sufrimientos como

⁵³ Se ha pensado que hay una laguna entre la primera subordinada y la segunda, dado que Loxias no ordenó a Orestes «que contemplara el rostro de Ifigenia». Pero dado que gramaticalmente el periodo es intachable, la exigencia de una laguna es llevar el racionalismo a un extremo casi patético.

⁵⁴ I. e. «para quienes no se tienen que ocultar». Markland y otros editores excluyen estos dos versos (1025-1026) como interpolaciones de actor, sobre todo porque separan mucho la pregunta de 1024 de la respuesta en 1027.

estratagema.

ORESTES. — ¡Hábiles sois las mujeres para descubrir tretas!

IFIGENIA. — Diré que vienes de Argos por haber dado muerte a tu madre.

ORESTES. — Sírvete de mis desgracias si te resulta útil.

1035

IFIGENIA. — Diré que no está permitido sacrificarte a la diosa.

ORESTES. — ¿Por qué razón? Ya voy barruntando algo.

IFIGENIA. — Porque no eres puro; sólo entregaré al sacrificio lo que sea santo⁵⁵.

ORESTES. — ¿Y por qué va a ser así más fácil apoderarse de la imagen?

IFIGENIA. — Expresaré mi deseo de purificarte con agua del mar.

1040

ORESTES. — Pero todavía estará dentro del templo la imagen por la que hemos venido navegando.

IFIGENIA. — Diré que también he de lavarla por haberla tocado tú.

ORESTES. — ¿Dónde? ¿Te refieres al promontorio bañado por el mar?

IFIGENIA. — Allí donde tu nave se encuentra anclada con cuerdas de lino.

ORESTES. — ¿Llevarás tú misma la estatua en tus brazos o algún otro?

IFIGENIA. — Yo. Sólo a mí me está permitido tocarla.

1045

ORESTES. — Y mi amigo Pilades, ¿qué lugar tendrá en el juego?⁵⁶

IFIGENIA. — Se dirá que tiene en sus manos la misma mancha que tú.

⁵⁵ Seguimos la lectura de la edición Aldina (phdn*Ji por phóbdi) que ni siquiera recoge Murray.

⁵⁶ Lit. «en qué lugar del coro estará colocado».

ORESTES. — ¿Harás esto a escondidas del rey o con su conocimiento?

IFIGENIA. — Lo convenceré con mis palabras, porque ocultarme no podría en absoluto.

ORESTES. — Pues bien, los remos de la nave están ya prestos para golpear. 1050

IFIGENIA. — Tú has de encargarte del resto, de forma que resulte bien.

ORESTES. — Sólo falta una cosa, que éstas oculten el plan. Conque dirígete a ellas y busca palabras persuasivas... La mujer tiene capacidad para excitar el llanto. Por lo demás, puede que todo resulte bien. 1055

IFIGENIA. — Queridas mujeres, en vosotras pongo mis ojos. En vuestras manos está el que tenga éxito o que me convierta en nada y me vea privada de mi patria, de mi querido hermano y de mi queridísima hermana. Que éste sea el comienzo de mis palabras: somos mujeres, especie amiga de ayudarse mutuamente y firmes como nadie para salvaguardar nuestros comunes intereses. Colaborad en nuestra fuga con vuestro silencio. ¡Qué hermoso es tener una lengua de confianza! Ved cómo un solo destino abarca a tres seres que se aman: o el regreso a la tierra patria o la muerte. 1060

Si me salvo, os llevaré salvas a la Hélade para que participéis también vosotras de mi suerte. Os lo suplico, a ti y a ti por vuestra diestra; a ti por tu querido rostro, por tus rodillas y tus seres más queridos —padre, madre e hijos si los tienes—. 1065

¿Qué decis? ¿Quién de vosotras dice que quiere o que no quiere? Hablad, pues si no aceptáis mis palabras nos veremos perdidos yo y mi paciente hermano. 1070

CORIFEO. — Cobra ánimos, dueña querida, y piensa sólo en salvarte. Por mi parte, guardaré silencio sobre todo aquello que estás planeando. ¡Sépallo el gran Zeus! 1075

IFIGENIA. — Gracias por vuestras palabras, os deseo felicidad.

(A Orestes y Pilades.) Tu trabajo y el tuyo es entrar en el templo. Pronto llegará el rey de esta tierra para indagar si se ha llevado a cabo el sacrificio de los extranjeros. (Entran en el templo.) 1080

(Invocando a Artemis.) Soberana, tú que me salvaste en los valles de Áulide de las manos terribles de un padre asesino, sálvame ahora y salva a éstos. O por tu culpa, la boca de Loxias ya no será veraz a ojos de los mortales. Abandona benévola esta tierra bárbara y dirígete a Atenas. No te conviene habitar aquí pudiendo vivir en una ciudad próspera. 1085

(Entra ella en el templo.)

CORO.

ESTROFA 1.a 1090

Alción, alción que junto a los rocosos acantilados del mar cantas lúgubre lamento, —voz comprensible para quienes comprenden que celebras a tu esposo, 1095

sin cesar, con tus cantos⁵⁷—. Yo, ave sin alas, mis trinos lanzo junto a los tuyos añorando las fiestas helenas, añorando a Ártemis partera, la que habita cabe la costa del Cinto⁵⁸ y la palmera de suave copa y el laurel de hermoso tallo y el tronco sagrado de la verde 1100

oliva —¡tan querido para los dolores de parto de Leto!—, y la laguna que hace girar en círculos su agua, donde el melódico cisne sirve a las Musas. 1105

ANTISTROFA 1.a

¡Oh torrenteras de lágrimas henchidas, que sobre mis mejillas cayeron cuando, derrumbadas las torres, me llevaron en naves entre remos y lanzas enemigas! 1110

Vendida a cambio de oro emprendí el viaje a tierras bárbaras donde sirvo a la virgen sirviente de la diosa matadora de ciervos, a la hija de Agamenón y a los altares en que no hay sacrificios de ovejas⁵⁹. Envidio 1115

a quien es infortunado desde siempre pues, al nacer con ella, no lo abruma la necesidad. Cambiar es infortunio, y recibir daño cuando acompaña la suerte es un signo pesado para los mortales. 1120

ESTROFA 2.a

También a ti, señora, la argiva pentecóntoro⁶⁰ te llevará al hogar. El caramillo, con cera en la junturas, del montaraz Pan silbará marcando el ritmo de los 1125

⁵⁷ Alcione, hija de Edo y Enarete, casó con Ceiz. Según una rama de la tradición, ella fue convertida en alción y él en foca por impiedad (se llamaban a sí mismos Zeus y Hera, cf. *Ai'owooao*, 1 7, 4); según otra, Ceix se ahogó y ella lo lamentaba tan penosamente que los dioses la convirtieron en alción y sigue llorando a su marido (cf. Luciano, *Halcyon* 1; *Metamorfosis* IX 270 y sigs.: «y durante los siete días que Alcione cubre sus huevos en su nido hecho en las rocas, la mar está en calma y la navegación segura y tranquila») (de aquí la expresión «los días del alción»).

⁵⁸ Monte de Delos. La palmera y el laurel son los diferentes objetos sagrados que toda la tradición griega relaciona con el nacimiento de Apolo y Ártemis en Delos. El olivo es una adición de la tradición ática.

⁵⁹ 1. e. sólo hay sacrificios humanos.

⁶⁰ Nave arcaica con 50 remos.

remos, y Febo el adivino, que posee el sonido encantador de su lira de siete tonos, te llevará cantando a la fecunda tierra de Atenas. Marcharás al impulso del resonante remo dejándome aquí atrás. Los cables de la rápida nave, por cima de la amura, extenderán su vela más allá de la proa al impulso del viento⁶¹. 1130
1135

ANTISTROFA 2.a

¡Pudiera yo marchar por el brillante curso que recorre el fuego del sol! ¡Pudiera yo dejar de batir las alas en mis costados⁶² sobre las alcobas de mi casa! 1140
¡Pudiera yo tomar parte en los coros en que cuando era moza, en bodas ilustres, haciendo girar —a los pies de mi madre querida— las bandas de mis coetáneas, compitiendo con ellas en gracia, rivalizando en suaves y ricos peinados, al saltar sombreaba mis mejillas enredando mis trenzas con los velos de muchos colores! 1145
1150

(Aparece el rey Toante por la derecha.)

TOANTE. — ¿Dónde está la mujer griega que es portera de este templo? ¿Ha iniciado el sacrificio de los extranjeros? ¿Brilla ya su cuerpo bajo la acción del fuego en los sagrados recintos? 1155

(Sale Ifigenia del templo.)

CORIFEO. — Aquí está, rey, la que te aclarará todo.

TOANTE. — ¡Eh! ¿Por qué, hija de Agamenón, has levantado de su firme pedestal la imagen de la diosa y la llevas en tus brazos?

IFIGENIA. — Soberano, detén tu pie ahí mismo, en los umbrales. 1160

TOANTE. — ¿Qué novedad es ésta en el templo, Ifigenia?

IFIGENIA. — He escupido⁶³. A Pureza refiero esta palabra.

⁶¹ A menos que pensemos que Eurípides desconocía por completo las partes de una nave o que el poeta prescindía con absoluta indiferencia de las condiciones de la misma, todo nos induce a pensar que estamos ante un pasaje corrupto, difícilmente recuperable a pesar de los esfuerzos que se han hecho. Sin embargo, la imagen que se nos presenta es clara: una nave que avanza rápidamente con la vela hinchada de forma que sobresale por delante de la proa.

⁶² S. e. para posarme encima.

⁶³ Exclamación cuasi eufemística cuando, como afirma Wen., «la palabra ocupa el lugar de la cosa» (el acto aquí).

TOANTE. — ¿Qué extraño preludio es éste? Habla claramente.

IFIGENIA. — No son puras las víctimas que habéis prendido, soberano.

TOANTE. — ¿Qué te lo prueba?... ¿O expresas una opinión?

IFIGENIA. — La imagen de la diosa se ha dado la vuelta en su pedestal. 1165

TOANTE. — ¿Por sí sola o la ha torcido un terremoto?

IFIGENIA. — Por sí sola. Y ha cerrado los ojos.

TOANTE. — ¿Cuál es la causa? ¿Acaso la impureza de los extranjeros?

IFIGENIA. — Ella y no otra cosa. Han cometido una acción terrible.

TOANTE. — ¿Han matado a alguno de los bárbaros en la ribera del mar? 1170

IFIGENIA. — Han llegado ya con un crimen familiar.

TOANTE. — ¿Cuál? Me han entrado deseos de conocerlo.

IFIGENIA. — ¡Han matado a su madre con espada común!

TOANTE. — ¡Por Apolo! Ni siquiera entre los bárbaros se atrevería nadie a esto.

IFIGENIA. — Han sido perseguidos y arrojados de toda Grecia. 1175

TOANTE. — ¿Y es por esto por lo que estás sacando la imagen?

IFIGENIA. — Sí, bajo el sagrado éter, para apartarla de la sangre.

TOANTE. — ¿En qué forma conociste la mancha de los extranjeros?

IFIGENIA. — Los interrogué cuando se tornó la imagen de la diosa. 1180

TOANTE. — Astuta te educó Grecia. ¡Qué bien te enteraste!

IFIGENIA. — Y, con todo, pusieron un dulce señuelo en mi corazón.

TOANTE. — ¿Te dieron noticias de Argos como hechizo?

IFIGENIA. — Sí, que mi único hermano vive feliz...

TOANTE. — Sin duda con idea de que los salvaras, feliz por sus noticias.

1185

IFIGENIA. — ... y que vive mi padre y es afortunado.

TOANTE. — Pero tú te habrás inclinado de parte de la diosa, como es lógico.

IFIGENIA. — Sí, y por odio a toda Grecia que me perdió.

TOANTE. — Entonces dime, ¿qué hacemos con los dos extranjeros?

IFIGENIA. — Es fuerza que observemos la ley aquí vigente.

1190

TOANTE. — ¿No dispones entonces las lustraciones y tu espada?

IFIGENIA. — Primero quiero lavarlos con purificaciones sagradas.

TOANTE. — ¿Con agua de una fuente o del mar?

IFIGENIA. — El mar lava todos los males del hombre.

TOANTE. — Desde luego caerán ante la diosa más conforme al rito.

1195

IFIGENIA. — También así saldrá mejor lo que me Ataño⁶⁴.

TOANTE. — ¿No llega el oleaje hasta el mismo templo?

⁶⁴ Frase con doble sentido.

IFIGENIA. — Sí, pero se precisa soledad, pues haremos también otras cosas...

TOANTE. — Llévalos adonde precisen. No deseo contemplar lo que es prohibido.

IFIGENIA. — He de purificar también la imagen de la diosa.

TOANTE. — Si, ya que la ha alcanzado la impureza del matricida. 1200

IFIGENIA. — Así es, en otro caso yo nunca la habría levantado de su pedestal.

TOANTE. — Justas son tu piedad y previsión.

IFIGENIA. — ¿Sabes lo que necesito tener?

TOANTE. — Es cosa tuya el manifestármelo.

IFIGENIA. — Encadena a estos extranjeros.

TOANTE. — ¿Adónde podrán huir?

IFIGENIA. — Grecia no conoce la lealtad.

TOANTE. — Id en busca de cadenas, siervos 1205

IFIGENIA. — Que traigan aquí a los extranjeros...

TOANTE. — Así se hará.

IFIGENIA. — ... con la cabeza cubierta con los peplos.

TOANTE. — ¡Para proteger la luz del sol!⁶⁵

IFIGENIA. — Que me den escolta tus hombres.

TOANTE. — Éstos te acompañarán.

IFIGENIA. — Envía también a alguien que comunique a la ciudad...

TOANTE. — ¿Qué?

IFIGENIA. — Que todos permanezcan en casa.

⁶⁵ 5. e. para que los rayos del sol no se contaminen y a su vez vuelvan a contaminar a los demás.

TOANTE. — ¿Para no encontramos con el asesino?

IFIGENIA. — Sí, los tales están contaminados. 1210

TOANTE. — Tú ve a comunicar...

IFIGENIA. — ... que nadie se acerque a su presencia.

TOANTE. — ¡Cómo te preocupas por la ciudad!

IFIGENIA. — Y también por los amigos que más lo precisan.

TOANTE. — Eso lo dices por mí.

IFIGENIA. — Desde luego⁶⁶.

TOANTE. — Con razón te admira todo mi pueblo.

IFIGENIA. — Tú quédate aquí delante del templo...

1215

TOANTE. — ¿Y qué hago?

IFIGENIA. — ... y purifica con azufre el recinto de la diosa.

TOANTE. — ¡Para qué regreses a él, ya purificado!

IFIGENIA. — Y cuando salgan los extranjeros...

TOANTE. — ¿Qué he de hacer?

IFIGENIA. — Cubre tus ojos con el manto...

TOANTE. — ¡Para no recibir contaminación!

IFIGENIA. — Si te parece que tardo demasiado...

TOANTE. — ¿Qué límite pongo a tu tardanza?

1220

IFIGENIA. — ... no te extrañes.

TOANTE. — Ejecuta bien los ritos de la diosa, pues hay tiempo.

IFIGENIA. — ¡Ojalá esta purificación resulte como yo deseo!

⁶⁶ La contestación de Ifigenia falta en los Mss., pero es fácil de suplir. Nosotros lo hemos hecho siguiendo a K~Ichly.

TOANTE. — Me uno a tu súplica.

*(Entra en el templo, cruzándose con Orestes y Pílates que salen.
Se cubre para evitar verlos.)*

IFIGENIA. — Helos aquí, ya veo a los extranjeros
que salen del templo, ya veo los adornos de la diosa
y los corderos recentales con cuya sangre lavaré su
sangre impura. Ya veo el resplandor de las antorchas
y todo cuanto yo misma he prescrito para purificar a
los forasteros y a la diosa. Ordeno a los ciudadanos
que se mantengan alejados de esta polución. Si alguien
es portero del templo y tiene sus manos puras para
los dioses, si alguien viene a contraer matrimonio o
está preñada, huid, retiraos, no vaya a caer sobre al-
guien esta mancha. 1225

(En actitud de súplica) ¡Oh virgen soberana, hija
de Zeus y Leto! Si purifico el crimen de éstos y realizo
el sacrificio donde debo, habitarás una casa pura y
nosotros seremos felices. Callo lo demás, pero se lo doy
a entender a los dioses que todo lo saben y a ti, diosa. 1230

(Sale el cortejo por la derecha.)

CORO.

ESTROFA.

Hermoso es el hijo de Leto, a quien ésta parió en
los fructíferos valles de Delos, el de pelo de oro en-
tendido en la cítara y en el tiro certero del arco con
que se complace. Llevolo ella misma⁶⁷ de junto al
acantilado —dejando el ilustre lugar de su parto—
hasta la cumbre del Parnaso, de torrenciales aguas,
que danza en honor de Dioniso. Allí la serpiente de
moteado lomo, de color de vino, cubierta con sombrío
laurel de buenas hojas por coraza, el monstruo por-
tentoso de la tierra, vigilaba el oráculo soterraño. To-
davía un bebé, todavía palpitando en los brazos de tu
madre querida lo mataste, oh Febo, y ascendiste al
divino oráculo y ahora te sientas en áureo trípode, en
el trono veraz, vaticinando para los mortales desde el
fondo del templo vecino de la corriente de Castalia, y
ocupando un palacio que es centro de la tierra. 1235

1240

1245

1250

1255

1260

1265

ANTISTROFA.

Cuando desalojó del oráculo divino de Pitón a
Temis, hija de la tierra, Ctón engendró nocturnos fan-
tasmás de sueños que iban a manifestar a muchos
mortales el pasado, el presente y cuanto iba a suceder, 1260

1265

⁶⁷ Sc. «su madre» Leto.

durante el sueño, en las tenebrosas cavidades de la tierra. Así Gea quitó a Febo su prerrogativa de adivino encelada por su hija. Mas con rápido pie al Olimpo se encaminó el soberano y rodeó con su mano de niño el trono de Zeus, suplicando que quitara del templo pítico la ira de la diosa terrena. Y Zeus rió porque su hijo vino en seguida queriendo retener su lugar de culto, cargado de oro. Y agitó sus cabellos para que cesaran las nocturnas voces, y quitó a los mortales la veracidad de los nocturnos sueños, y devolvió a Loxias sus prerrogativas y a los mortales su confianza en los versos proféticos cantados en el trono acogedor de huéspedes visitado por muchos mortales.

(Entra por la derecha un esclavo de Toante.)

MENSAJERO. — Oh guardianes del templo y protectores de los altares, ¿adónde ha marchado Toante, rey de esta tierra? Abrid las puertas de buenos cerrojos y haced que salga de este templo el soberano del país.

CORIFEO. — ¿Qué sucede, si se me permite hablar sin que nadie me lo ordene?

MENSAJERO. — Se han escapado los dos jóvenes. Han huido del país por una estratagema de la hija de Agamenón y llevan la santa imagen en la cavidad de su nave griega.

CORIFEO. — Has dicho palabras increíbles. El rey del país, a quien deseas ver, ha salido precipitadamente del templo.

MENSAJERO. — ¿Adónde? Pues tiene que enterarse de lo ocurrido.

CORIFEO. — No sabemos. Conque marcha y síguelo adonde puedas encontrarlo para comunicarle esas palabras.

MENSAJERO. — Ya veis cuán poco digna de crédito es la raza femenina. Seguro que también vosotras tenéis parte en la acción.

CORIFEO. — Estás loco. ¿Qué tenemos nosotras que ver en la huida de los extranjeros? ¿No te irás al palacio de los reyes lo antes posible?

MENSAJERO. — No, al menos hasta que este interés

prete⁶⁸ me diga si el soberano del país se encuentra, o no, dentro.

Eh, abrid las trancas —a los de dentro digo— y comunicad al señor que estoy a la puerta con una carga de noticias.

1305

(Sale Toante del templo.)

TOANTE. — ¿Quién arma ese alboroto ante el templo de la diosa, golpeando las puertas y haciendo llegar el ruido hasta el interior?

MENSAJERO. — ¡Eh! ¿Cómo es que éstas me decían que te encontrabas fuera, e incluso trataban de echarme del templo? ¡Resulta que estabas dentro!

1310

TOANTE. — ¿Qué recompensa buscan o esperan?

MENSAJERO. — Más tarde te aclararé la actitud de éstas. Escucha ahora el asunto más inmediato. La joven que estaba aquí al cargo de los altares, Ifigenia, ha salido del país en compañía de los dos extranjeros llevándose la sagrada imagen de la diosa. Las purificaciones eran mentira.

1315

TOANTE. — ¿Qué dices? ¿Qué soplo ha tenido de mala fortuna?

MENSAJERO. — Por salvar a Orestes. Quizá te produzca estupor.

TOANTE. — ¿A quién? ¿Acaso al que alumbró la hija de Tíndaro?

MENSAJERO. — El hombre a quien la diosa consagró para su altar.

1320

TOANTE. — ¡Qué extraño!... ¿Qué nombre más exacto podría dar a esto?

MENSAJERO. — No te preocupes ahora de eso y escúchame. Después de que veas todo con claridad y me oigas, piensa qué clase de persecución puede dar alcance a los extranjeros.

1325

TOANTE. — ¡Habla, tienes razón! La navegación que han emprendido no es corta para que puedan escapar de mi lanza.

⁶⁸ Sin duda la aldaba.

MENSAJERO. — Cuando llegamos a la ribera del mar, donde se encontraba anclada ocultamente la nave de Orestes, la hija de Agamenón nos hizo señas de que nos alejáramos los que —por orden tuya— llevábamos los grilletes de los extranjeros, con idea de encender el fuego secreto para la purificación para la que había ido allí. Ella siguió caminando con los grilletes de los extranjeros en sus manos. Esto nos resultó sospechoso, pero con todo, tus siervos, señor, nos dimos por satisfechos.	1330
Un tiempo después —sin duda para que nos pareciera que estaba realizando algo— lanzó un grito ritual y recitaba cantos ininteligibles como un mago, como si ya estuviera purificando el crimen. Como ya llevábamos largo tiempo sentados, nos entró miedo de que los extranjeros se desataran, la mataran y se dieran a la fuga.	1335
Pero por temor de ver lo que no debíamos contemplar, permanecemos sentados en silencio. Por fin todos estuvimos de acuerdo para acercarnos adonde se hallaban, aunque nos estuviera prohibido. Entonces vimos la nave griega, bien dotada con una fila de remos —como alas para impulsarla—, y a cincuenta marineros sosteniendo los remos en los toletes, y a los jóvenes, libres ya de ligaduras, en pie junto a la proa de la nave. Unos impulsaban la proa con los botadores, otros colgaban de las serviolas el anda, otros preparaban apresuradamente la escala, arrastraban las amarras con sus manos y se las soltaban a los extranjeros echándolas al mar.	1340
Nosotros, sin cuidarnos de nada, cuando vimos la engañosa estratagema, nos asimos a la extranjera y a las amarras y tratamos de sacar por sus huecos las cañas del timón de la nave.	1345
Y nos cambiamos estas palabras: «¿Con qué razón tratáis de zarpar robando a nuestro país la imagen y la sacerdotisa? ¿Quién eres tú, y de qué país, para sacar ocultamente a ésta?»	1350
Y él dijo: «Soy Orestes, su hermano —para que lo sepas—, el hijo de Agamenón. He cobrado a mi hermana, a quien perdí, y me la llevo.» Pero nosotros nos aferrábamos todavía más a la extranjera y tratábamos de forzarla a que nos siguiera ante tu presencia.	1355
Así es como se produjeron estas terribles contusiones en mi rostro. En efecto, ni ellos ni nosotros teníamos armas a mano. Se entabló una lucha a puñetazos y los brazos y pies de los dos jóvenes muchachos se dirigían contra nuestros costados e hígados, de forma que con los encontronazos nuestros miembros se en-	1360
	1365
	1370

torpecieron.	
Marcados por terribles señales huimos hacia la escarpadura, unos con heridas sangrientas en la cabeza y otros en la cara. Cuidadosamente apostados en las alturas combatíamos arrojando piedras, pero los arqueros, puestos sobre la proa, nos impedían con sus dardos que reanudáramos nuestro avance.	1375
En esto, como un terrible oleaje impulsara la nave a tierra y la doncella tuviera miedo de mojar su pie, la tomó Orestes sobre su hombro izquierdo, se introdujo en el mar, saltó a la escala y puso dentro de la nave, que se veía bien, a su hermana y a la imagen de la hija de Zeus, caída del cielo.	1380
Y lanzó su voz de mando desde el centro mismo de la nave:	1385
«Marineros de Grecia, asíos a los remos de la nave y cubridlos de blanca espuma. Ya tenemos aquello por lo que introdujimos nuestra nave en la mar Inhóspita franqueando las Simplégades.»	1390
Y ellos, dejando escapar un suave jadeo, batían el salmo mar. Mientras la nave estuvo dentro del puerto se dirigía hacia la boca, pero cuando la hubo atravesado, como diera en medio de una violenta tempestad, aceleró su marcha. En efecto, sobrevino de repente un viento terrible e impulsó las velas por la parte de popa. Los marineros aguantaron golpeando las olas, pero el oleaje en reflujo arrastró la nave de nuevo a tierra.	1395
La hija de Agamenón se puso en pie y oraba así:	
«Oh hija de Leto, condúceme a mí, tu sacerdotisa, sana y salva a Grecia desde esta tierra bárbara y perdona mi robo. También tú, diosa, amas a tu hermano; considera justo que también yo ame a los de mi sangre.»	1400
Los marineros cantaron el peán acompañando la súplica de la doncella, al tiempo que a la voz de mando ajustaban al remo sus brazos desnudos del manto.	1405
El barco se dirigía cada vez más hacia las rocas. Uno de nosotros se lanzó al mar a pie, otro trataba de descolgar las anclas atadas y a mí me enviaron a ti, soberano, para comunicarte lo que allí acontece.	1410
Conque ponte en camino con sogas y lazos, que si no se produce bonanza, los extranjeros no tendrán esperanza de salvación.	
El venerado Posidón es soberano del mar y protege a Ilión. Es enemigo de los Pelópidas y ahora va a poner en tus manos y las de tus ciudadanos al hijo de Agamenón y a su hermana, la cual ha resultado convicta de traición a la diosa por no acordarse del sacrificio de Áulide.	1415
	1420
CORIFEO. — Paciente Ifigenia, vas a morir con tu her-	

mano, vas a caer de nuevo en manos de tu dueño.

TOANTE. — ¡Ciudadanos todos de esta tierra bárbara! Vamos, ¿no pondréis las riendas a vuestros potros y correréis junto a la ribera? ¿No impediréis unos la salida de esa nave griega y os apresuraréis a dar caza, con ayuda de la diosa, a unos hombres impíos? ¿No arrastraréis otros al mar barcas veloces? Prendámoslos por mar o a caballo por tierra, y los arrojaremos desde lo alto de las rocas o los empalaremos. 1425
En cuanto a vosotras, mujeres, cómplices de esta estratagema, ya vendré a castigaros cuando tenga tiempo. No vamos a quedarnos con los brazos cruzados ahora que tenemos ante nosotros esta urgencia. 1430

(Aparece Atenea sobre la cubierta del templo.)

ATENEA. — ¿Adónde, rey Toante, adónde conduces esta persecución? Escucha a Atenea estas palabras: deja ya de perseguirlos, deja de impulsar el torrente de tu ejército. Orestes ha venido aquí forzado por el oráculo de Loxias. Está huyendo de la furia de las Erinis y quiere llevar a su hermana a Argos, y la imagen sagrada a mi tierra, para librarse de sus males presentes. Ésta es mi palabra por lo que a ti toca. 1435

Poseidón, por hacerme un favor, ha calmado las olas del mar para que Orestes, a quien tú crees que vas a matar sorprendiéndolo en medio de la tempestad; la atraviese con su nave. Y tú, Orestes (pues escuchas la voz de la diosa aunque no estés aquí), ahora que conoces mis deseos, marcha llevando la imagen y a tu hermana. 1440

Cuando llegues a Atenas, construida por los dioses, en el último extremo del Ática, junto al monte Caristio, hay un lugar sagrado al que mi pueblo ha dado el nombre de Halas. Allí construirás un templo e instalarás la imagen dándole el nombre de la tierra Táurica y de los sufrimientos que padeciste recorriendo la Hélade bajo el aguijón de las Erinis. 1445

En el futuro los hombres celebrarán a Ártemis con el nombre de diosa Taurópola. Establece este rito: cuando el pueblo celebre tu rescate de la muerte, que pongan un cuchillo sobre el cuello de un hombre y dejen correr su sangre para purificación y a fin de que la diosa reciba sus honras⁶⁹. 1460

Y tú, Ifigenia, has de ser la clavera de esta diosa en los bancos sagrados de Braurón. Allí serás enterrada cuando mueras, y te dedicarán en ofrenda los 1465

⁶⁹ Sin duda en compensación por los sacrificios que ha perdido en la Táurica.

sutiles peplos bordados que las mujeres dejan en su

casa cuando mueran en el parto⁷⁰.

Ordeno que envíes lejos de esta tierra a estas mujeres griegas⁷¹ en virtud de una decisión justa.

1470

También a ti, Orestes, te salvé un día en el Areópago, decidiendo la igualdad de votos. Y esto será ley: que se absuelva a quien consiga votos iguales.

Conque llévate a tu hermana de esta tierra, hijo de Agamenón, y tú, Toante, abandona tu cólera.

1475

TOANTE. — Soberana, Atenea, quien no obedece las palabras de los dioses, luego de escucharlas, no está en su sano juicio. Yo no voy a irritarme con Orestes porque se haya llevado la imagen de la diosa, ni con su hermana. ¿Cómo va a ser bueno competir con los dioses poderosos? ¡Que se marchen a tu tierra con la imagen de la diosa y que erijan la estatua en buena hora! También enviaré a estas mujeres a la próspera Grecia como ordenan tus palabras.

1480

Detendré la lanza que ahora levanto contra los extranjeros y los remos de mis naves, ya que así lo has decidido, diosa.

1485

ATENEA. — Alabo tu actitud. Pues la Necesidad se impone tanto a ti como a los dioses. Vamos, oh vientos, llevad a Atenas la nave del hijo de Agamenón, que yo les acompañaré en el viaje por proteger la santa imagen de mi hermana.

CORO. — Marchad felices con la fortuna de un destino salvador. ¡Oh Palas Atenea, venerada ente los inmortales y entre los mortales! Haremos como ordenas. Recibo en mis oídos tus palabras dulcísimas e inesperadas.

1490

¡Oh veneranda Victoria! Apodérate de mi vida y no dejes de coronarme.

1495

⁷⁰ Se trata de la etiología (típica de las intervenciones de los dioses ex machina) que da ritos similares en Halas y Braurón. Eurípides relaciona los dos, poniendo la imagen en el primero y haciendo a Ifigenia sacerdotisa del segundo. Por supuesto, la etiología es falsa, ya que trata de atribuir a los bárbaros tauros los restos de sacrificios humanos que había en el propio suelo del Ática.

⁷¹ Miembros del coro.

Ifigenia entre los tauros

De Wikipedia, la enciclopedia libre

(Redirigido desde [Ifigenia entre los Tauros](#))

Saltar a [navegación](#), [búsqueda](#)

Ifigenia entre los tauros es el título de una [tragedia](#) de [Eurípides](#) datada en 414 a. C. El desarrollo de la trama enlaza con la tragedia [Electra](#) y está relacionada con [Ifigenia en Áulide](#).

Personajes [\[editar\]](#)

- **Ifigenia**: era una hija del rey [Agamenón](#) y la reina [Clitemnestra](#).
- **Orestes**: fue el único hijo varón de [Agamenón](#) y [Clitemnestra](#).
- **Pílates**: era el hijo del rey [Estroffio](#) de [Fócide](#), conocido principalmente por su fuerte amistad con [Orestes](#).
- Coro de cautivas griegas
- Un boyero
- **Toante**: rey de los [tauros](#).
- Un mensajero
- **Atenea**: es la [diosa](#) de la [sabiduría](#), la [estrategia](#) y la guerra justa. Fue considerada una mentora de [héroes](#) y adorada desde muy antiguo como patrona de [Atenas](#). En los mitos clásicos nunca tuvo consorte o amante, y por ello a menudo era conocida como [Atenea Partenos](#) ('virgen').

Argumento [\[editar\]](#)

Contexto [\[editar\]](#)

Un [oráculo](#) había sido la causa de que Agamenón se hubiera visto obligado a [sacrificar](#), en honor a la diosa [Artemisa](#), a su hija [Ifigenia](#), en [Aulide](#), para permitir la partida de la flota griega que debía dirigirse a Troya para castigar el rapto de [Helena](#). Sin embargo, Artemisa impidió el sacrificio, sustituyendo a Ifigenia por un ciervo y trasladándola al país de los [tauros](#), gobernado por [Toante](#). Allí fue convertida en sacerdotisa del templo de Artemisa y era la encargada de iniciar los ritos de los sacrificios humanos a los que se sometía a cualquier griego que llegase al país.

Por otro lado, su hermano [Orestes](#) había matado a su madre [Clitemnestra](#) como venganza por el asesinato de su padre [Agamenón](#) y había sido absuelto en el juicio en el que era acusado del crimen, pero a pesar de todo se hallaba perseguido por las [Erinias](#). Otro oráculo había dicho que, para evitar la persecución, debía dirigirse al país de los tauros y traer a Grecia la estatua de Artemisa.

Orestes y Pilades llegan al país de los Tauros [\[editar\]](#)

Ifigenia tuvo un sueño que interpretó que significaba que su hermano Orestes había muerto. Sin embargo, Orestes y su primo [Pílates](#) habían viajado a [Táuride](#) con la intención de robar la estatua de Artemisa y llevarla a la Hélade. En el transcurso de esta misión fueron sorprendidos y capturados por un grupo de boyeros.

Los prisioneros son puestos a disposición de Ifigenia para ser víctimas de un sacrificio.

Reencuentro de los hermanos [\[editar\]](#)

Ifigenia interroga a los prisioneros sobre sus nombres, linaje y procedencia. Por las respuestas de Orestes, se entera de que su padre murió asesinado por su madre, pero aún no logra saber que uno de ellos es su propio hermano y le propone perdonarle la vida a cambio de que vuelva a Argos a dar una tablilla con noticias suyas a su familia, pero Pílates sí sería sacrificado. Orestes se niega y propone que sea Pílates el que regrese y someterse él al sacrificio.

Pílates jura que entregará a los parientes de Ifigenia la tablilla con sus noticias y a cambio Ifigenia promete que lo dejará partir sano y salvo. Sin embargo, por si acaso la tablilla se perdiese en un naufragio, Ifigenia explica oralmente cual es el contenido de la tablilla. En ese momento se produce el reconocimiento mutuo entre los dos hermanos.

Ifigenia idea una estratagema [\[editar\]](#)

Ifigenia tiene un plan para escapar del país con la estatua de Artemisa. Hace creer al rey que los prisioneros son impuros por un asesinato que cometieron en la Hélade y que debe purificarlos, junto con la estatua, con agua del mar.

El plan tiene éxito y consiguen subir al barco que había traído a Orestes y Pílates tras una lucha en la playa con los tauros. Pero el mar vuelve a arrastrar el barco contra la costa.

Toante se dispone a iniciar la persecución pero en ese momento aparece [Atenea](#) y ordena a Toante que abandone la persecución y que deje marchar a las otras cautivas griegas fuera del país. A Orestes le ordena que cuando llegue a su tierra edifique un templo para la estatua de Artemisa. Además insta la norma de que en lo sucesivo el que sea sometido a juicio lo ganará siempre que obtenga igualdad de votos.

Adaptaciones posteriores [\[editar\]](#)

En el [siglo XVIII](#), [Haydn](#) y [Christoph Willibald Gluck](#) realizaron varias óperas tituladas [Iphigénie en Tauride](#).

Bibliografía [\[editar\]](#)

- Eurípides. *Tragedias II*. Edición de Juan Miguel Labiano. Madrid, Cátedra, 1999. ISBN 84-376-1741-3